

Tres Tés con Gas



César Casanova López

Tres Tés con Gas



César Casanova López

<http://cortados.idomyweb.com>

Ver. 20100819 00.00

© 2009 César Casanova López



Tres Tés con Gas por César Casanova López está liberado bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia 2.5 España. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/>

La portada es una imagen de César Casanova López bajo la misma licencia.

Escrito en 2009 con OpenOffice.org

Al pueblo Saharaui,
por que un día recuperen
la libertad en su tierra.
¡Sahara libre!

La profesión es sumamente singular cuando se trabaja por cuenta propia. ¿No se experimenta acaso la excitación de un ladrón sin dejar de aparecer como un ciudadano honesto? Pero el hombre que abraza este oficio debe estar preparado a hervir lentamente de cólera, a consumirse de impaciencia, a permanecer erguido en el fango mientras se le hielan los pies, a congelarse y a abrasarse y a sentirse defraudado por falsas esperanzas. Debe estar preparado, apenas reciba una mera indicación, para trabajar en procura de una meta desconocida; debe sobrellevar la desilusión de fracasar en su empeño; debe estar preparado para correr, permanecer inmóvil, quedarse durante horas observando una ventana, para inventar mil modos de acción... La única excitación que puede compararse con ésta, es la que siente un jugador.

HONORE DE BALZAC

0. Tan sólo una coartada

El control, la conquista, la dominación. Es lo que mueve el mundo, siempre fue así. En nuestra sociedad occidental, en esta fantasía que las corporaciones, y los gobiernos y los *media* que trabajan para ellas, fabrican cada día para mantenernos bajo control, en este mundo de *Pin & Pon*, en esta sociedad de *Barbies* y *Kents*, en este tablero de *Monopoly* nos olvidamos de la realidad del poder que nos domina a todos. Ya no somos una sociedad productora; ya hemos derrochado los bienes y recursos robados al tercer mundo; ya hemos vendido y revendido la tecnología que nos mantenía en la cumbre de la civilización; ya no engañamos a nadie con los *bancos mundiales*, los *fondos monetarios internacionales*, o las *organizaciones mundiales del comercio*; el control financiero no puede hacerse cargo de todo el imperio. Ahora toca volver a las raíces. Es de nuevo la fuerza física la que determina quién es el líder, el caudillo, la potencia mundial que domine el mundo. Los soldados, la artillería, los bombarderos, los misiles de largo alcance... La amenaza de la aniquilación literal.

Edward Zehr dijo: *"I wouldn't call it fascism exactly, but political system nominally controlled by an irresponsible, dumbed down electorate who are manipulated by dishonest, cynical, controlled mass media that dispense the propaganda of a corrupt political establishment can hardly be described as democracy either"*. La democracia sustituye el nombramiento hecho por una minoría corrompida, por la elección debida a una mayoría incompetente manipulada por una minoría corrompida. Por eso no puede decirse que vivamos en el fascismo, nooo... Hoy cuentan con nuestra opinión de ciudadanos libres en democracia. Necesitan nuestro apoyo, nuestra complicidad, nuestra complejo de culpa y una justificación civilizada. Las amenazas y los ataques a las potencias competidoras se justifican con la *democratización*, con el mantenimiento del *orden mundial*, la *guerra contra el terror*... ese tipo de falacias. Los líderes mundiales nos convencen de que nuestra sociedad es la mejor, la única realmente civilizada. Pero estos reyes no nacen, son creados por la alucinación universal. No importa que haya una gran diferencia entre ricos y pobres, la estadística es una ciencia que demuestra que, si mi vecino tiene dos coches y yo ninguno, los dos tenemos uno. Y lo mismo ocurre con el poder, siempre en manos de una élite. Los que descubren el engaño comprenden que la libertad supone responsabilidad y no se sienten preparados, por eso la mayor parte teme tanto a la anarquía. En los medios de comunicación todo pasa por un espeso filtro color de rosa. No es exactamente censura, es adaptación de la información a los borregos que consumirán la seudonoticia, digestión preliminar de la indigesta realidad. Una ráfaga de UZI parte en dos a un palestino de doce años mientras arroja piedras a un grupo armado de colonos judíos, después de que los bulldozer hayan aplastado su hogar y el ejército israelí haya encañonado a su madre con un M-16. En la prensa encontrarás cómo un terrorista extremista islámico de doce años avivó la violencia en una tranquila urbanización israelí de reciente construcción. Por eso, aunque el reportaje que relato en estas líneas aparezca, y aparezca tal cual lo escribo, lo hará en un medio discriminado, de modo que termine siendo adecuadamente ignorado y pase desapercibido para la mayoría de los ciudadanos. Ese es su plan B: os permito que digáis lo que queráis, pero como tengo el monopolio de la comunicación, conseguiré desprestigiar vuestro trabajo para que nadie os preste atención. El reportaje que escribo no saldrá en ningún gran diario. Si consigue sobrevivir, sólo unos pocos lo leerán, pero no obstante tengo que escribirlo... Por el bien de la misión.

Sin saber lo que yo sé, parecería increíble incluso que hubiese conseguido un pase de prensa para esta feria. Pero aquí estoy, en el Royal Victoria Dock, en mitad de la *city*. El prestigioso centro de exposiciones ExCel de Londres reúne cada dos años a miles de especialistas en muerte y destrucción. Lo llaman DSEi, *Defence Systems and Equipment international exhibition*. Una denominación muy trabajada también. En los grandes negocios hay que realizar grandes esfuerzos... y desarrollar bonitos eufemismos. He dado un paseo por los muelles, observando esos monstruos de acero armados hasta los dientes. Hace buen tiempo para el miércoles nueve de un septiembre londinense. Cuando entro en el salón, señores encorbatados suben y bajan las escaleras mecánicas, deambulan entre piezas de hierro y explosivos cuidadosa y artísticamente dispuestos, como en un escaparate navideño. Misiles tierra-tierra, tierra-aire, de crucero, APCs, carros de combate, artillería variada, UAVs. Elegantes caballeros fuman y hacen llamadas en mil idiomas, envían *e-mails* con sus *Blackberrys*, discuten sobre “soluciones”, “respuestas” y “sistemas”; es decir, sobre bombarderos invisibles, fusiles automáticos y sistemas automatizados de vigilancia. Camino entre pantallas gigantes que proyectan vistosos reportajes sobre las bondades del caza F-35. Entre el rugido de los reactores se escuchan eslogan como “Orgulloso de servir” o “Tu compañero en la acción”. Joder, son buenos, muy buenos. Te viene a la mente la imagen de un bien parecido guardia de seguridad en un traje azul impecable, con una brillante placa sobre su pecho y una gran sonrisa en los labios. Al escuchar eso nadie pensaría en niños mutilados por bombas de racimo, o algo por el estilo. Un grupo de viejos, con las caras rojas por el vino blanco que beben de finas copas de cristal, se divierten de lo lindo jugando con los mandos de un avión de ataque no tripulado. Junto a ellos, una pareja de caballeros excelentemente vestidos patean con sus brillantes mocasines las llantas de un *Humvee* color aceituna, como si estuviesen a punto de comprarse otro Jaguar. Un *howitzer* M777, una máquina de cuatro toneladas y media que lanza proyectiles de ciento cincuenta y cinco milímetros hasta veinticuatro kilómetros de distancia, descansa frente al stand de BAE y no deja tanto a la imaginación de los visitantes. *TALON*, el sistema de guiado de misiles mediante láser de Raytheon, en el stand 1555. El *Terminal High Altitude Area Defense* de Lockheed Martin, un elemento clave en el Ballistic Missile Defense System. El sistema anti-RPG de tercera generación de TNO, en el pabellón holandés. Pero no todo son tanques y misiles. Copenhagen Sensor Technology ha desarrollado un sistema de vigilancia CCTV que mezcla visión B/W con espectros caloríficos, para detectar cuerpos en todo tipo de ambientes. Chronos Technology exhibe su nuevo CTL3500 GPS Interference Monitor, diseñado para detectar la presencia de actividad inusual en el canal L1 debida a un ataque electrónico. STG muestra orgulloso su Phraselator P2, un traductor electrónico de inglés a cuarenta y cinco lenguas distintas; traduce y reproduce órdenes para facilitar la comunicación entre las tropas anglosajonas y la población de cientos de países invadidos, disculpen, *democratizados*. De este modo no hay malos entendidos y las madres iraquíes, tras ser encañonadas en su propia casa, escuchan perplejas la cuidada voz de la máquina decir en perfecto árabe: “*Callate de una jodida vez, puta zorra terrorista de los cojones, y dile al puto cabrón de tu marido que se arrodille y se quite la maldita toalla de la cabeza ahora mismo o se la vuelo de un tiro*”.

Me dirijo a unas casetas más modestas al otro extremo del pabellón, huyendo de estos enormes artilugios infernales para meterme en un mercadillo de ferretería mortal. En el stand 533 hay unas rubias siliconadas con poca ropa sirviendo cerveza fría a los alegres visitantes. Creo que comercializan sistemas y materiales de blindaje; si el DSEi fuese una feria del automóvil hubiese imaginado que vendían *air-bags*. Camino y es siempre igual. Cambio de pabellón y los biquinis brillantes y diminutos se rozan contra los

trajes y las corbatas. En la caseta 1873 del pabellón austriaco no se han gastado tanto en “azafatas” como los de Hesco. Carteles con fotografías casi artísticas que resaltan las formas ergonómicas de semiautomáticas Glock aparecen junto a posters de tías en pelotas.

-A ellos les encanta, ¿sabes? Chicas y cañones, les vuelve locos... -me dice con un ligero acento alemán el encargado del stand, antes de ver mi tarjeta de visita. Camino y es siempre igual. Más allá, un joven gigante, empaquetado en un traje oscuro, me llama sonriente desde detrás de un mostrador. Me acerco para observar la mercancía. Lanzagranadas, morteros y munición para rifles automáticos.

-Buenos días, señor. ¿Está interesado en en estas maravillas? También contamos con dispositivos de menor calibre adaptables a un amplio surtido de fusiles automáticos.

-¡Ah! Estupendo... ¿Cuál es el perfil de las empresas y organismos que adquieren sus productos?

-Eh... Ja, ja. Señor, ahora mismo no dispongo de esa información... pero si me permite consultarlo con mi supervisor... ¿Tiene tarjeta de visita?

-Sí, cómo no... Aquí tiene...

-Eh... ¿Es usted periodista? -me pregunta, con la sonrisa rota- Bueno, puedo ofrecerle unos folletos informativos sobre nuestra empresa, si lo desea... -y se oculta bajo el mostrador rebuscando entre los panfletos.

-Preferiría hablar con su supervisor.

-Aha... -Reaparece sin su sonrisa inicial, pero no tarda en perderse tras la pantalla del ordenador.- Vaya, lo siento mucho señor, pero parece que mi supervisor estará ocupado todo el día en diversas reuniones y conferencias privadas que tiene concertadas -balbucea después de un par de clics de ratón-. Quizá si vuelve usted mañana... -me dice, sin apartar la mirada vacía de la pantalla vacía.

Grandes o pequeñas, este tipo de empresas siempre utilizan las mismas excusas. No fue muy diferente en el stand 1655, de Lockheed Martin, uno de los mayores fabricantes de armas del mundo. Tiene unas ventas anuales de unos treinta billones de euros. Su *barraca* es del tamaño de todo un pabellón y, según rezan los carteleros, prometen dar solución a “tareas críticas”. No obstante, tras mostrar mi tarjeta a la azafata de turno, todos los *especialistas en soluciones* dejan de existir. No hay nadie disponible, nadie capaz de ofrecer un par de respuestas veraces y coherentes a un periodista independiente, a un reportero no asociado a las publicaciones especializadas en armamento. No esperaba otra cosa, en el DSEi todo es muy discreto. La industria armamentística y sus clientes componen el mayor club privado del mundo. Uno muy poderoso y próspero. Botellas de champán reposan entre el hielo en el West Quay Bar y en el VIP Café. Y es que hay millones de razones para celebrar, millones y millones. Un gran negocio, y detrás de cada gran fortuna hay un delito. Un gran negocio, la era del mazo vuelve con fuerza. Sus fieles servidores políticos han creado el entorno adecuado para gastar toda esta tecnología bélica, adquiriendo de esa manera un mayor control sobre las libertades de la población, tanto en el interior como en el exterior. La “Guerra contra el terror” es otro de los eufemismos, si fuesen sinceros dirían: “Guerra del *establishment* para el control mediante el terror”. Los ciudadanos deben hacerse a la idea de los males que podría acarrear un ministerio de defensa sin suficiente presupuesto manejado por torpes funcionarios; el caos, el terrorismo, la guerra... Y así el presupuesto y la privatización del sistema aumenta cada año. A las empresas armamentistas y a las empresas militares privadas, es decir, contratistas de mercenarios, les encanta ese entusiasmo de los contribuyentes, que pasan a ser su clientes indirectos. Ese es el negocio de la guerra. Pronto os mostraré la guerra del negocio...

1. Amargo como la vida

Tres son los pasos que debes seguir para conquistar a una mujer. Y el primero es demostrarle lo mucho que vales. Debes acercarte a ella con cautela, fabricar un encuentro casual para no ponerla sobre aviso, como un lobo con piel de cordero. Entonces vas sacándote las cartas de la manga. Le presentas todas tus cualidades, reales o figuradas, que te convierten en un espécimen interesante. Pero sin mostrar ningún interés en ella, pues tú eres el premio. Con algo de tacto, puedes incluso minar su autoestima de modo que tu valor aumente por comparación. Con gestos sutiles y modulando adecuadamente tu voz debes provocar en ella emociones intensas; tu objetivo es hallar su faceta emocional, conectar, comunicarte con ella sin dejarla escapar. No la permitas argumentar, pues debe guiarla su corazón y no su razón. Si la dejas reflexionar, terminará descubriendo tus intenciones... Y la misión habrá fracasado.

Por eso estoy aquí. Aún palpita la piel hinchada de mi pómulo. Todavía siento esos pinchazos en el interior de mi nariz. Ya cesó la hemorragia, pero la sangre reseca ha formado un tapón que me impide respirar. De modo que no me queda más remedio que tragar el aire pestilente de la barraca a través de mis labios atormentados por las llagas. Mi cara está quemada por el sol y por el polvo ardiente. El mismo polvo que satura mis poros. El mismo polvo que saboreo en mi boca seca. El mismo polvo que invade mis ojos, que los araña cada vez que parpadeo. Las articulaciones de mis muñecas emiten un dolor constante que puedo ignorar si me concentro, pero la piel desollada me escuece como el infierno allí donde estrangulan las cadenas oxidadas. Tengo la vista nublada, aunque por ahora eso es lo de menos. Sé lo que quiero y sé que me lo traerán. Pero por el momento no hay nada interesante que ojear en esta celda tenebrosa de ladrillos de hormigón reciclados. Nada se mueve. La luz que entra por el orificio enrejado en lo alto de la pared cae directamente sobre mis ojos. Tan fuerte y tan blanca que me ciega. A un lado y al contrario no hay más que sombras al borde del negro final de la existencia. Otra vez ese fuego detrás de mis ojos... la fiebre, quizá es una insolación. Estoy deshidratado, hambriento, cansado, sediento, muy sediento, y enfermo. Siento náuseas. Cierro los ojos un segundo pero la luz y el calor abrasador no quieren dejarme descansar. El aire es tan seco que no me siento sudar. Escucho el ruido del tráfico, el que llega desde la ciudad lejana. Un murmullo continuo, tan solo interrumpido ocasionalmente por los gemidos de un desperdicio humano colgado en alguna parte a mi derecha. Ese cabrón no termina de morir... ¡Muere! ¡Muere! ¡Hazme ese favor! No soporto tus putos quejidos... Mierda, creo que me voy a desmayar... Eso está mal, muy mal, no, no, no... Debo seguir despierto. Tengo que relajarme, descansar, hacer operaciones matemáticas... lo que sea con tal de seguir despierto. Podría perder la oportunidad perfecta. Aspiro, lleno mis pulmones con el hedor de esta sucia mazmorra. Aquí y ahora. Treinta y siete por seis, doscientos veintidós. Debo mantenerme despierto. Despierto, como el cazador acechando la madriguera. Expiro, expulso el dolor. Cierro los ojos. Todos mis músculos se relajan. Mi barbilla cae sobre el pecho. Mis rodillas se aflojan, dejan de sostenerme, y las cadenas tiran de mis muñecas con todo el peso de mi carne. Un montón de carne estúpida. Sesenta y nueve menos quince, cincuenta y cuatro. Sí, soy como esas piezas de ternera que cuelgan de ganchos de acero en los mataderos. Muertas. Inspiro... Soy un puto desperdicio muerto y sin alma. Noventa y nueve por cero, cero. Expiro... Soy un puto desperdicio con una misión. Y me encanta.

Por eso estoy aquí. Ahora me encuentro mejor, aguantaré. Abro los ojos. La luz del

Sol hace brillar mi camisa hecha jirones, manchas marrones y rojas la cubren. El polvo se ha pegado a la humedad de la sangre, y ahora el lino parece cartón. Apesto a sudor, a ese que emana del miedo y la tensión. Apesto a la orina que, después de diez horas aquí detenido, he tenido que dejar escapar. Y pronto será peor. Aún con los ojos cerrados y a través de mis labios hinchados y reseco puedo percibir la mierda que se amontona alrededor de esas quietas sombras que me rodean, de esos animalitos encadenados a los muros de esta celda improvisada. Apenas llevo medio día aquí, y ya casi me siento tan despreciable como uno de ellos. Un pellejo que se descompone en silencio, segundo a segundo, que se pudre y se reseca a cada instante, mientras se lo comen las hormigas, hasta que desaparece para siempre... Así me siento, como un pellejo más. Es repulsivo... Y me encanta.

Por eso estoy aquí. Cuando llegué a Rabat, la oficina me había reservado una habitación en el Chellah. No está nada mal, todo suficientemente occidental. De modo que no tardé en largarme. Me dí una ducha, cogí el pase de prensa y la Nikon y salí al mundo real. Estaba ansioso por empezar el trabajo. Siempre lo estoy. Fue hace tan sólo tres días y, ¡joder, parece todo un puto año! Así es la mente, coge lo que quiere, estira o encoje el tiempo, destruye la realidad que no interesa. Lo que mi memoria rechaza... se evapora, se convierte en una bolita de pelusa que me sacudo de encima. Cuando me sumerjo en el negocio, mi otra vida desaparece. Natalia, mi alguna vez querida esposa, y nuestra niña, esa ricura ignorante y caprichosa, y mi vecino, el simpático ecologista hippie que deja la basura en bolsas de papel reciclado que siempre terminan rompiéndose y cubriendo la escalera de orgánica mierda, y los centros comerciales, las tarjetas de crédito, la hipoteca, los seguros, las facturas, los atascos, y no te olvides de comprar tampones, cariño... Cuando me sumerjo en el negocio, todos esos fantasmas vuelven al país de las maravillas, a ese espacio de ficción atemporal, estúpido y desagradable como Disneyland, como el paraíso cristiano, ese lleno de angelitos gordos y asexuados como los curas que no son pederastas, amen. Pero esto es la vida real, mi vida real. Las náuseas de mi estómago encogido por el hambre, mi garganta irritada, el fuego en mi cabeza, mi boca reseca como el polvo del desierto. Tengo tanta sed que lamería mis propios orines, si no fuese porque me tienen colgando de las muñecas y no alcanzo el maldito charco. Esta es mi vida real, cruel, amarga. Aquí no hay falsas expectativas. Aquí controlo el juego, o lo comprendo al menos. Conozco las reglas, domino los trucos... Es lo único que da sentido a mi vida. Soy un jugador, ha empezado la partida... Y me encanta.

Por eso estoy aquí. Un taxi tan destartado como cualquier otro me llevó hasta la prisión de Zaki, en Salé, a unos diez kilómetros del hotel. Con el pase colgando del cuello y mi dedo índice sobre el disparador de la Nikon, las celdas se veían mucho menos incómodas y los guardianes mucho menos violentos. El tal Mohamed ha hecho un buen trabajo. En dos días, Marruecos ha actualizado su política de secretismo y censura fascistas hacia la manipulación y la desinformación típica de las *democracias* capitalistas. Ha transformado un gobierno interventor en un capitalismo monopolizado por sus propios negocios. Y todo eso sin dejar de ser la dictadura de siempre, una sociedad que puede votar democráticamente a un pelele que dirige la monarquía. Comienza a utilizar las tácticas occidentales, como cuando en mayo de 2003 Casablanca sufrió un atentado terrorista y el gobierno tuvo la excusa perfecta para mermar las libertades civiles: se amplió la prisión preventiva, la policía puede entrar en viviendas particulares sin orden judicial, interceptar el correo, las llamadas telefónicas y las cuentas corrientes. La aún vigente Ley de Prensa de 2002, más progresista que su versión anterior, mantiene la imposición de condenas de prisión, multas y la prohibición de una publicación para sancionar las expresiones que cuestionen la integridad territorial. Y aunque eso no debería afectar a los objetivos de la prensa occidental, éstos parecen incapaces de captar

nada que exprese con claridad lo que aquí está ocurriendo, que demuestre la violación de los derechos humanos, la falta de libertad y la corrupción del Estado. Las televisiones han conseguido que la represión del monarca pase de nuevo a un segundo plano. Sólo tímidos rumores circulan en los medios no alineados de comunicación occidentales. Y así, la opinión pública Europea se queda tranquila. Los ciudadanos americanos viven en un mundo paralelo, demasiado lejano y hermético para saber quién es el Rey alauí, hijo de Dios y señor de la bolsa de valores de Casablanca... Físicamente lejos, aunque beneficiados por las relaciones económicas de favor que mantienen desde hace muchos años los dos gobiernos. Sin el apoyo de los Estados Unidos en los setenta, ¿quién estaría explotando hoy en día las minas de fosfatos? Pero no debemos robarles el protagonismo al padre y al hijo. Mohamed VI sigue haciendo un buen trabajo, como su padre. En los negocios, y en las relaciones diplomáticas. Un año atrás nadie se hubiese atrevido a predecir que las prisiones marroquíes podrían abrirse a los ojos aparentemente inquisitivos de la prensa extranjera. Pero así ha sido. Era necesario acallar a las masas del primer mundo después de los últimos incidentes con los presos saharauis. Sí, los europeos, esos ciudadanos que se niegan a aceptar lo que son, que no tienen ningún interés en recordar de dónde vienen sus riquezas, que rechazan verse a sí mismos como los saqueadores de África. Sí, los europeos, esos a los que en ocasiones les apetece dejar sus quehaceres consumistas y reivindicar cosas absurdas. Que se acabe con el hambre y la pobreza en el mundo, que se termine con el machismo y las guerras y las enfermedades y la gente fea y maloliente. Esta vez, la estupidez consiste en pedir el cumplimiento de los derechos humanos en Marruecos y en los territorios ocupados. La mano férrea del dictador alauí, sumado al fracaso, no del todo accidental, de la ONU por encaminar debidamente las negociaciones sobre el referéndum, aceptando como única solución el plan autonomista propuesto por Marruecos, han generado un clima prebélico en las calles de las principales ciudades del Sahara Occidental, y también en Rabat. El Frente Polisario intenta calmar la indignación de los suyos al otro lado del muro, seguramente porque espera que muy pronto comience de nuevo la lucha armada. Porque desea acciones efectivas y no bajas civiles indiscriminadas. Porque necesita una intifada mucho más efectiva y coordinada en los territorios ocupados. El ejército patrulla las calles y vigila los edificios gubernamentales. En los muros que dividen al Sahara Occidental en dos, se han triplicado los efectivos marroquíes. Entre las tropas del bando contrario, se escuchan rumores acerca de cierto material de ayuda que está llegando a Tinduff, a los campamentos de refugiados saharauis en Argelia. Los rumores cuentan que no es material convencional, y que probablemente continúe su camino hasta los territorios liberados. Aún no ha llegado, pero es evidente que la tormenta está cerca. Cada día son más los presuntos conspiradores contra la *integridad territorial* que terminan en las cárceles alauítas, periodistas, manifestantes pro derechos humanos, jóvenes amargados y sin futuro que lanzan piedras contra los antidisturbios. Continúan muriendo estudiantes con buenos propósitos, y siguen desapareciendo activistas por la autodeterminación. Pero los focos y las cámaras nunca llegan a tiempo de captar el evento. En parte por las artimañas del gobierno de Mohamed, en parte por las propias agencias de prensa. Tienen miedo de ser testigos, de ver algo realmente comprometedor. Es lo que algunos denominan autocensura de los monopolios de comunicación. Pero es que se trata de un tema delicado. La estabilidad territorial de Marruecos, en la que Hassan II incluyó con calzador a las tierras ocupadas del Sahara Occidental, esas *provincias meridionales*, es vital para mantener la buena salud del tratado de libre comercio con los Estados Unidos. La mina de fosfatos de Bu Craa produce más de dos millones de toneladas al año, y junto con la de El Aaiún y la de Smara, también en territorio ocupado y protegido por los muros, permite a Marruecos ser el mayor exportador mundial. El mineral saharauí llega a muchas

naciones europeas, pero Norteamérica se queda con la mayor parte, confirmando así su posición dominante en el terreno de los fertilizantes y, por consiguiente, en el de los agrocombustibles. Y es que, hasta nueva orden, el dueño de la energía y las armas es el indiscutible amo y señor del mundo.

Por eso estoy aquí. No sólo por el té, sino por el gas... El pasaporte que me identificaría como el ciudadano belga de treinta y seis años Thierry Falisete, ese me lo han retenido y vuelvo a ser Nadie, como Ulises en su odisea. Las tarjetas de crédito y unos pocos dirham, que no darían ni para pagar la habitación del hotel en la que aguardan mis camisas, esos jamás los volveré a ver. El pase de prensa, que me permitía moverme libremente por la ciudad y acceder a un número limitado y específico de instituciones gubernamentales, ese lo rompieron en pedazos delante de mis narices. No es que tuviese nadie a quien llamar, pero de cualquier manera, *requisaron* también mi llamativo teléfono móvil de última generación. ¿Para qué hablar de la cámara digital...? Aquí no vale hacerse el despistado y empezar a sacar fotos como un turista paleta. Aquí no tienen el menor sentido del humor. Aquí no vales lo mismo que en Europa, las quejas y los lloriqueos no te sacaran de la fosa. Un carcelero sobrealimentado y chillón me condujo a empujones por pasillos estrechos y lóbregos hasta un típico cuarto de interrogatorios. Tres por tres metros cuadrados de hormigón liso. Manchas de sangre y sudor decoraban las paredes. Cerró la puerta herrumbrosa de una patada y me dio un par de hostias. Tirado en el suelo pude comprobar que la habitación estaba vacía, a excepción de una bombilla colgando del techo por los cables pelados, y un taburete y una mesa atornillados al suelo. Cuando volví a ponerme en pie, tambaleante aún, pude observar que sobre la madera astillada de la mesa había una especie de alternador. Con la mano abierta, el grandullón me propinó una sonora colleja que me lanzó sobre la máquina. A un lado tenía una manivela, y del otro partían un par de cables acabados en pinzas dentadas que aún mordían bello púbico. Joder, menos mal que tengo contactos. La pulsera de plata y el reloj, ¿quién sabe lo que pensará hacer con ellos ese mal nacido? Me los cambió por una modesta cadena de acero y un candado roñoso. Supongo que el martirio es la única forma en la que una persona sin ningún tipo de habilidad puede convertirse en alguien grandioso. Sí, soy don Nadie de nuevo, don Nadie con una misión. Sí, ahora me siento importante otra vez, ya lo echaba de menos. De nuevo en el negocio. De nuevo con ese regusto amargo. Y me encanta.

Por eso estoy aquí. Aburrido de asomarme a las rejas de las recién aseadas cárceles de la capital como un turista en el zoo, me dispuse a abandonar la senda establecida por las autoridades. Sabía que encontraría lo que buscaba. Sabía que lo encontraría en algún lugar realmente acogedor, no muy lejos de Rabat. Aunque los ocultan a la prensa, es evidente que existen verdaderos centros de tortura especialmente habilitados por toda la nación. Busqué el que me interesaba y lo encontré... Antes de que llegase la marabunta de prensa extranjera, las atestadas prisiones del estado cedieron la mayor parte de sus inquilinos a instituciones privadas. Algunos empresarios, buenos amigos del alcalde de la capital, se han enriquecido un poco más desde entonces. Un caso particular es el de Tahar Tausi. Desde los noventa domina el santuario de Bouya Omar. Antes, a este lugar sólo llegaban adictos, problemáticos, chiflados en general o herederos de alguna fortuna que no quisieron compartir con sus taimados familiares... Es un lugar sagrado, así que, por un precio módico, Tahar Tausi prometía cuidar del familiar hasta que los poderes mágicos del lugar lo librasen de los lazos demoníacos que lo atormentaban. Por un puñado de dirham, los robustos *enfermeros* se encargaban de llevar a cabo el tratamiento curativo. Ataban al paciente a la cama, lo alimentaban con una ración diaria de pan rancio y té, le ofrecían un baño semanal de palizas desestresantes, y si se trataba de una mujer joven y guapa, la violaban sin descanso hasta que dejaba de

serlo. No ha cambiado mucho desde entonces. Sigue siendo un lugar sagrado y Dios no ha muerto, sencillamente se mantiene al margen. Hará aproximadamente un año ampliaron el número de barracones, reforzaron los muros y las alambradas, y el el santuario de Bouya Omar pasó a ser un sanatorio-penitenciaría subvencionado por el estado. Es el recinto más grande y mejor protegido de la zona. Por ello supuse que los presos debían de ser también los más importantes de la zona... Nada de estudiantes, ni activistas pro derechos humanos, ni vagabundos, ni periodistas de mierda... Aunque conmigo han hecho una excepción. Y me encanta.

Por eso estoy aquí. La cerradura retumba, los goznes chirrían, la puerta de acero del barracón se abre de golpe y entra un nuevo trozo de carne. No lo veo, pero le escucho arrastrar los pies. Un guardián lo sigue de cerca, jugando con un puñado de llaves. Intento ver algo, pero mis ojos reseco y cubiertos de polvo apenas consiguen captar algo más que el brillo del sol. Están muy cerca. Creo distinguir el movimiento entre las sombras. De pronto, el guardián le atiza con algo. Escucho el sonido de la carne, pero ningún quejido.

-Hna ¡Ha fayn, kelb! -grita el carcelero. Se han detenido. Ahora escucho los pasos del guardia. Se acerca pausadamente a la pared. Está junto a mí, le veo. En su puño lleva una barra de acero corrugado, con la que levanta el mentón de mi vecino moribundo. El que hace un rato no dejaba de joderme con sus lloriqueos, ahora calla como una puta. Si no está muerto se lo hace. El guarda le observa durante un rato. Con la nariz fruncida, se aparta del pellejo colgante. Levanta su brazo, y lo deja caer con todas sus fuerzas. La barra maciza golpea el cráneo amarillento. Un chorro de sangre me baña la cara y vuelvo a ver borroso. Ya no hay duda, está muerto. Mientras me limpio la sangre de los ojos con el hombro, escucho el tintineo de las llaves. Parpadeo. La luz se ha vuelto roja. Más tintineo. El cretino no logra abrir el candado, la llave no gira lo suficiente. Forcejea, zarandea las cadenas, ofuscado. El cadáver se agita como un muñeco de trapo desgarrado, desangrándose como un pellejo de vino rajado.- Msadi... -Desiste. Se vuelve, coge al nuevo del antebrazo y lo lanza contra la pared. Escucho el golpe, pero ninguna queja. O es mudo... o es un tipo duro. Confío en que sea un tipo duro, porque si es mudo no me interesa. El guardián agarra sus cadenas y las amarra a las del cadáver. Escucho el clic de un candado que se cierra. Dos en uno.- Xra... -Y se larga, con el soniquete de las llaves que seguramente no abrirán jamás estos candados oxidados. La puerta de hierro vuelve a cerrarse con estruendo al final del calabozo, escucho el rodar del cerrojo. Y de nuevo estamos solos, las sombras y yo. Y alguien más. Sus ojos brillan. Estoy seguro de que han practicado el manual completo con él. Pero no han conseguido lo que querían, no han conseguido destruirle. Presiento que será una partida interesante. Cojo aire, cojo fuerzas. Me esfuerzo por cumplir la regla de los tres segundos...

-Salam -le digo, pero apenas me escucho a mí mismo. Mi garganta está forrada de papel de lija. El nuevo, colgado de las cadenas y apoyado en el cadáver de mi antiguo vecino, gira el cuello con esfuerzo para poder verme. Me observa durante unos segundos, sin prisa, y responde con calma:

-Bonjour, monsieur... -dice, con voz clara y poderosa, pero sin terminar la frase.

-Thierry, Thierry Falisete.

-Ah, you're English...

-Non, Thierry. Je suis belge... mais parle bien l'espagnol, et un peu le hassanyya.

-Español entonces, *mon* Thierry. Intuyo que su hassanía debe de estar al nivel de mi francés. Encantado, mi nombre es Bya Abdelaziz y... disculpe que no le estreche la mano -me dice sonriente, aún con el cuello tenso. El bigote recto y cano se curva hacia arriba en su rostro moreno y marcado por profundas arrugas. Pero mientras su rostro sonrío, su viva mirada me disecciona.

-¡Cof! ¡Cof! -intento reír, pero mi cuerpo no está por la labor.- ¡Cof! -Me asfixio.

Joder, qué forma más tonta de morir sería ésta...- ¡Cof! -Como cualquier otra, supongo.

-¿Le han hecho morder el trapo? ¿El trapo empapado de lejía?

-¡Cof! Joder... ¡Cof! -Toso una vez más y escupo un gargajo de sangre, que cae sobre mi camisa. Tengo la garganta hecha picadillo.- ¿Cómo dices?

-En la boca, un trapo con químicos, veneno...

-No, no... En realidad sólo me han golpeado un poco... Llevo aquí algunas horas, y tengo la garganta reseca.

-Claro. Es ciudadano belga, europeo. Seguramente le hagan firmar una confesión, le indulten la pena y le entreguen a la embajada. -Vuelve a sonreír.- Tranquilo, pronto estará usted a salvo, en su país.

-Joder... ¿Aún tienes fuerzas para reír? Debes de ser un hombre fuerte, ¿eh, Bya?

-Lo intento, *mon ami* Thierry. Las descargas eléctricas y las palizas son muy desagradables... Pero el trapo de lejía en la boca... al final pierdes el olfato. -Con una cabezada me indica el cadáver a sus espaldas, y dice:- Pero no hay mal que por bien no venga, ¿no cree? -Su sonrisa deja al descubierto algunos dientes rotos sobre encías hinchadas y amoratadas. A algunos los fabrican de un material distinto, no hay duda...

Por eso estoy aquí. Durante un par de horas luché por que el señor Abdelaziz me tutee. Es un hombre de apariencia sencilla, tranquila y afable. Pero es en realidad un hombre enérgico, inteligente y muy interesante. Le cuento mi historia. Me esfuerzo por mover mi lengua hinchada. La garganta me escuece al hablar; me escuece igual que si hubiese bebido una pinta de esa lejía, o lo que sea que utilizan los carceleros para torturar a los presos. Siento como alfileres clavármese en la carne cada vez que trago uno de esos gargajos pastosos y sanguinolentos. Pero hablo y hablo, y consigo que la historia le interese. Porque la suya, sin duda, me interesa. Me cuenta cómo fue arrestado, cómo esos putos salvajes casi terminan con él, con esta fuente insustituible. Un magnífico ejemplar, un duro guerrero, inteligente y experimentado, un verdadero estratega, un diplomático, ahora cubierto tan sólo de sucios harapos. Me va a llevar tiempo... Al menos de momento consigo confirmar ciertos datos que daban vueltas en mi libreta. Sin embargo, no dudo que más tarde obtendré *info* de primer nivel. Paso a paso, me dirijo sin obstáculos a la segunda etapa ya cercana de nuestro largo recorrido.

Le demuestro que no soy un vulgar *media worker*, le convengo de que *monsieur* Falisete es un periodista en mayúsculas. Le digo que no soy un puto turista, le digo que he estado en prisiones peores que ésta, en Laos, en Birmania... Le hablo de los reportajes sobre grandes revoluciones a lo largo del globo que van firmadas con mi nombre. Le demuestro mis conocimientos sobre la guerra de guerrillas, sobre geopolítica, sobre estrategia militar, sobre los negocios que mueven el mundo. Le sorprende con mis amplios conocimientos en el campo de los mercenarios *freelance*, de las corporaciones militares privadas, de la industria armamentística. Me pregunta si es la primera vez que trabajo la zona del Magreb. Le confirmo mi experiencia en asuntos norteafricanos. Le menciono el reportaje de investigación sobre la financiación del Al Qaeda del Magreb y los intereses norteamericanos en desestabilizar Argelia. Le dejo que imagine todo lo que sé sobre el incipiente proyecto político-energético conjunto de Argelia y Rusia. Y parece que le interesa lo que tengo que decir. Lo leo en sus ojos cansados pero atentos, en sus gestos casi imperceptibles, ahí colgado junto a mí. Y le animo a que continúe él, a que me diga lo mucho que vale. Y habla. Habla con esa voz clara y potente a pesar de los dientes rotos. Porque Bya Abdelaziz no es sólo un miembro importante del Frente; es además un muy buen amigo del ministro de energía argelino. Estoy seguro de que también Bya tiene mucho que decir sobre el proyecto. Hablamos y hablamos hasta que cae el Sol y su luz deja de torturarme. Y nuestras voces se van apagando como como el día que termina.

Llega la noche y con ella el silencio. Apenas se escucha ya el ronroneo del tráfico lejano. El cansancio me supera. Y me duermo...

Y me despierto... Temblando. Un fuerte ruido me despierta. Hace un frío seco y penetrante, y no puedo parar de temblar. Escucho el rugido de un potente motor. No allá lejos en la ciudad, sino aquí, en las calles desiertas de Bouya Omar. Es un frío que quema, un frío que mata, pero me dedico a escuchar. Y entonces... Gritos de alerta. El rechinar de los neumáticos sobre el asfalto. Gritos de furia. Un par de ráfagas cortas, dos AK-47. Responde atronador el cañón de una escopeta semiautomática; tres veces golpea la congelada oscuridad de la noche hasta que otra ráfaga *full-auto* lo hace callar. Un quejido. La explosión de una granada. Fuego, cristales rotos y gritos de dolor. Otra escopeta. Hierros golpeando hierros. Algunas ráfagas más. Y el silencio, y el frío. Mi vista deja de imaginar el color anaranjado del fuego, y regresa a la oscura realidad que me rodea. Mi compañero Bya está inquieto. A diferencia del resto de reses muertas que cuelgan impávidas de sus cadenas, la tensión de su cuerpo enjuto es perceptible aún en la penumbra. Sus ojos brillan como los de un gato en la noche. Le vigilo en silencio, y él vigila la puerta... esperando quizá que, de un momento a otro, se abra. El eco de un AK resuena en el interior del edificio. Una semiautomática restalla en los pasillos, una sola vez, antes de la explosión de una granada. El portón de acero de nuestra celda vibra durante un instante. Esa ha estado cerca. Observo a Bya mientras la tensión va en aumento. Percibo un cambio en él; sutil, porque apenas puedo ver su rostro, pero... sonrío. ¿Sonríe? Sí, lo hace. Y yo sé por qué. Escucho el taconeo de pesadas botas militares rodando por los pasillos, ahí fuera, acercándose por momentos.

-¡Hon! ¡Hon! ¡Et-Áala! -grita mi amigo, pero no llega respuesta. El silencio. Hasta que, de pronto, el ruido metálico del cerrojo retumba en esta maldita fosa común. Y la puerta se abre, bruscamente, chirriando sobre sus goznes, frenando en seco cuando golpea contra la pared. La luz amarillenta del pasillo se cuela en el barracón al mismo tiempo que un grupo de uniformes mimetizados. Los focos de sus linternas, atadas con cinta adhesiva a viejos cañones Kalashnikov, apuñalan las tinieblas en busca de su objetivo. Y cuando por fin lo encuentran, acuden prestos.

-Siyyed... ¿Achanabtac? -Un joven se cuadra frente a mi colgado amigo. Sus ojos observan con aprehensión el rostro magullado de Abdelaziz.

-Le bes, le bes... -responde el viejo. El soldado comprende que está perdiendo un tiempo valioso, y se apresura a cortar las cadenas. Otro hombre le pasa una cizalla. El candado se resiste durante un instante, pero termina partiendo. En cuanto libran a Abdelaziz del peso de las cadenas, recupera un porte y una dignidad mayores de las que cabría esperar en una víctima reciente de tortura. Sin perder un segundo, echa a andar hacia la puerta:- ¡Yallah! ¡Yallah!

-Bya... -le llamo, tembloroso por el frío- Men fadlek... -digo, intentando que mi voz tenga suficiente potencia, sin conseguirlo. Pero él me escucha, se vuelve hacia mi y dice:

-El nuestro es un largo camino. No temas, amigo mío, pronto te dejarán salir y...

-¡La, la! Prefiero acompañaros en vuestro camino... Por favor... -Nuestra mirada se sostiene durante dos interminables segundos. Pero al cabo se decide.

-Claro, que no se hable mal de la hospitalidad saharauí, ¿eh? -Su sonrisa se sostiene también dos segundos. Con un gesto de su mano indica al de la cizalla que corte mis cadenas. La herramienta muerde el acero, las cadenas se retuercen y me aplastan las muñecas. Siento arder mi carne malherida. El dolor me hace olvidar el frío... Y me encanta. Los chicos de Abdelaziz me sacan a empellones del barracón. Mis piernas apenas me sostienen. Intento moverlas, primero un pie, luego el otro. Demasiado lento. A la velocidad con la que avanzan no puedo más que arrastrarlas. Mis pies descalzos patinan sobre el hormigón cubierto de arena de los pasillos. Pero no puedo caerme, pues

me rodea un muro de uniformes verdes. Los soldados me conducen a través de la oscuridad y del silencio, roto tan solo por las duras suelas de goma, hasta la recepción. Los hombres están tan pegados a mí que apenas veo donde piso. Y de pronto algo se interpone en mi camino. Algunas manos veloces agarran como pueden mis ropas hechas jirones, y es por eso que no me estrello contra el suelo. Cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que estoy pisando un cadáver. Mi pie renegrido por la suciedad aplasta la mandíbula torcida y sanguinolenta de un tipo grande... Sí, mi amiguito el boxeador amateur. Lástima que no haya tiempo de recuperar mi pulsera y mi reloj. Los únicos objetos de valor que aún conservaba. La vida es larga, y durante el camino lo vas perdiendo todo... Pero he aprendido a disfrutar de las cosas sencillas de la vida, como pisotear la carne muerta de este cerdo cabrón.

Por fin salimos del agujero, y el aire fuera es aún más frío y seco. Parece que los chicos han apagado los focos y las farolas a balazos. Pero algunos destellos de luz pálida iluminan todavía el cielo azul marino del horizonte. La tierra anaranjada se ha tornado cenicienta al decaer el sol; púrpura por la sangre derramada, la sangre de los guardianes que yacen junto a sus viejas Browning Auto-5. Todo está en calma, tranquilo como la muerte. No se escuchan sirenas ni disparos. Tan sólo el aullido de un perro solitario, perdido en algún lugar de este laberinto para locos y presos políticos. Quizá ese chuchito sea capaz de oler la tensión de los soldados desde la distancia, o la sangre que rápidamente absorbe la tierra sedienta. O quizá es que se está muriendo de frío, como yo. Cruzamos el patio de la prisión, corremos hacia un viejo Nissan Patrol color verde oliva. Hasta que estoy junto a él no comprendo el extravagante trabajo de chapa y pintura que han llevado a cabo en el morro. Pero no, no es *tuning*... es simplemente una buena hostia. Ahora veo los bollos, las magulladuras y la pintura descascarillada, imagino que por el golpe al derribar la verja de entrada. Abdelaziz sube al asiento trasero. A cada lado se coloca uno de sus hombres, con el cañón del fusil en las manos y la culata entre sus botas. A mí me empujan dentro del maletero. Mis piernas no reaccionan y caigo como un saco de patatas. Han perdido la esterilla y estoy tumbado sobre la dura y fría superficie metálica del todoterreno. Muy fría, muy dura. Me duele todo el cuerpo. Estoy tan jodido que ni siquiera trato de colocarme en una postura más digna. Tan sólo me encojo para guardar algo de calor. Conmigo suben tres soldados más, que se colocan de cuclillas a mi alrededor. El resto del equipo de rescate corre hacia un Toyota *pick up* negro, empotrado contra la garita de adobe de la entrada. El Patrol arranca a la primera, y su motor no suena tan mal como cabría esperar por el estado de la carrocería. Nuestro conductor, vestido de paisano, pisa a fondo. A nuestro alrededor se levanta una nube de polvo blanquecina que se dispersa y se disuelve en la profunda negrura que nos invade. Con el motor rugiendo como el reactor de un caza, el todoterreno derrapa dibujando una gran U en la arena del patio. Pasamos a toda velocidad junto al Toyota cubierto de cascotes, cuyo piloto parece tener dificultades para ponerlo en marcha. Cruzamos sin miramientos sobre el portón de entrada derribado, sobre el alambre de espinos enredado y sobre las astillas blancas y rojas de la barrera levadiza destrozada. Los amortiguadores chirrían al cruzar los resaltes de control de velocidad, mi cabeza rebota contra el suelo metálico un par de veces, los neumáticos rechinan al dar un par de curvas cerradas a sesenta por hora, el motor truena una vez más y nos perdemos calle abajo. Dejamos a nuestras espaldas a los locos y a los muertos, para que disfruten de su infierno particular. Después de un buen rato el conductor se relaja, sube a cuarta y el motor deja de rugir para empezar a ronronear. Nos alejamos de ese distrito de tortura y muerte, como si nada hubiese ocurrido. Aún tumbado en el maletero, aún temblando, comienzo a ver la luz amarillenta de las farolas. Me incorporo en parte y alargo el cuello para observar por la ventanilla trasera. A través del polvo logro divisar al Toyota, que ha conseguido arrancar y

nos sigue a unos treinta metros. Un soldado me pone su manaza en la cabeza y me obliga a tumbarme de nuevo, por lo que dejo de ver nada excepto botas polvorientas y madera astillada en las culatas de viejos Kalahsnikov. Pronto nos zambullimos en el tráfico nocturno de la autopista. Veo las altas farolas pasar una tras otra rápidamente, escucho el ruido de los vehículos que nos rodean, el irritante claxon de algún BMW con prisas. Tiene que ser la N6. Con más cautela, vuelvo a levantar el gaznate y observo por la ventanilla izquierda, entre las coronillas rasuradas de los chicos. Circulamos sobre un puente... las aguas del Bu Regreg. En esta dirección, pronto llegaremos al centro de Rabat. Algo arriesgado para ir así vestidos y armados. Pero justo después de cruzar el río, torcemos a la derecha y abandonamos la autopista. Entramos en un parking amplio y casi desierto. A la izquierda hay una nave enorme. Unos focos iluminan los muros pintados de azul y marrón. Giro el cuello para ver mejor, y mientras avanzamos leo un cartel luminoso que dice: "Marjane" y después "Bu Regreg" en caligrafía árabe. Es un centro comercial... Sí, allí al fondo hay más neones y letreros... Sí, joder... Un puto Pizzahut. Mis tripas encogidas casi duelen tanto como las muñecas descarnadas. No obstante, me temo que aún no ha llegado la hora de la cena, ni siquiera hemos tomado el primer té... El conductor practica *slalom* con las columnas de los tejadillos de chapa. Gira bruscamente a la derecha. Y finalmente le sacude un brusco pisotón al freno. Se detiene casi al fondo del aparcamiento, entre dos furgones de reparto. Antes de que el conductor eche el freno de mano, los soldados ya están saliendo del vehículo, arrastrándome con ellos hacia uno de los furgones. Me arrojan al negro interior. Esta vez aterrizo sobre una alfombra despeluchada y llena de tierra. Creo que han llevado a mi amigo Abdelaziz a la otra furgoneta. Los soldados, sin embargo, entran casi todos detrás de mí. La puerta corredera se cierra, y me quedo atrapado con los diez hombres del Polisario en la oscuridad y el silencio. Al menos he dejado de temblar. El motor no tarda en despertar. Nos movemos; marcha atrás, giro, adelante. Uno de los soldados enciende una linterna de codo, y el filtro rojo hace que me sienta como en el interior de un APC. Los hombres empiezan a trabajar. Uno recoge los fusiles mientras otro descubre un cajón oculto en la carrocería del vehículo. Al otro lado, un hombre abre una caja de cartón y empieza a sacar ropa de calle. Los demás comienzan a desatarse las botas, a quitarse los cintos. Se ponen los vaqueros, las camisetas, las chilabas, las deportivas, las sandalias, los turbantes, las gorras de béisbol. Guardan los uniformes y las botas en la misma caja de cartón. Los fusiles han desaparecido ya tras una placa metálica y un par de alfombras viejas. Cuando terminan, uno pregunta algo en voz baja. Sé que se trata de mí, pero Abdelaziz tenía razón, no domino el hassanía. El que está junto a la caja le sonrío, me mira, y dice:

-Un amigo de siyyed... Toma, ponte esto -dice, mientras me lanza una chilaba teñida de rojo por la luz de la linterna.

-Shukran... -No es mi estilo, pero ya tenía ganas de quitarme estos pantalones meados y esta camisa apestosa y hecha jirones. Intento no perder el equilibrio, pero justo cuando tengo los jeans a la altura de las rodillas, el furgón da un quiebro y me hace caer. Joder, qué forma de conducir. Por si no estaba ya bastante jodido, ahora creo que tengo el culo roto. Termino de desnudarme tumbado sobre la alfombra y me cubro con la chilaba.- Eh... Amigo... ¿Zapatos o algo? -le pido, señalándome los pies desnudos. El tipo rebusca de nuevo en la caja, y al cabo de un rato saca unas sandalias de goma medio rotas. Me las tira y sonrío.

-A ver si son tu número...

No me imagino el aspecto que debo de tener. Quizá si me pongo la capucha pueda pasar por marroquí. Soy de tez clara, pero mi rostro estará oscurecido por los moretones y una buena capa de mierda acumulada durante la estancia en Bouya. Los hombres del

Frente ya están listos, incluso relajados. Hablan distendidamente entre ellos. Yo debería ser su única preocupación en este momento. Su granito en el culo. Las armas están bien escondidas, sin embargo ¿cómo explicar al europeo sin documentación? El vehículo no tiene ventanas, pero puedo imaginar por dónde circulamos. Paradas continuas, baja velocidad, pitidos estridentes, motocicletas. Callejamos por el mismísimo centro de la ciudad. Me pregunto si no sería más seguro circular por la periferia. Espero que sepan lo que hacen... Una curva más. Un frenazo clásico magrebí, que nos hace saltar unos centímetros sobre la alfombra. Y de la cabina llega un *toc toc*. La luz roja se extingue. Alguien abre el portón lateral y dos hombres bajan. Apenas tengo tiempo de ver un callejón sucio y sombrío antes de que la puerta vuelva a cerrarse. El conductor arranca y continuamos dando vueltas. Poco después hacemos otra parada semejante, y somos dos menos. Al cabo de una media hora se han ido todos. Estoy solo en la negrura. Así que es eso, el comando entero opera en Rabat, viven aquí. Rodamos más aprisa, parece que hemos dejado el centro. El furgón continúa rodando. Un trayecto largo. Ha transcurrido un buen rato hasta que he perdido la calma, debo de estar cansado. Sólo yo, el ruido del motor y la oscuridad. Un trayecto largo. Y me pregunto si he fallado, si no les gusta mi cara, si les caigo mal, si no confían en mí, si planean abandonarme en mitad del desierto. Un trayecto largo, y estoy cansado, y sediento, y jodido. Quizá voy a morir pronto... Y me encanta.

Nos detenemos, pero el motor sigue en marcha. Empiezo a pensar que tenía que haber recuperado uno de esos Kalashnikov en cuanto me dejaron solo. Escucho abrirse la puerta del conductor. Pero no, debo mantener mis cartas si quiero llevarme la baza. Me muevo deprisa, buscando un lugar adecuado. Espero alerta, junto al portón. Se abre, y los faros de otro vehículo iluminan el interior del furgón. Y la luz me quema los ojos, llenos de diminutas rocas que parecen crecer un poco cada minuto.

-¡Señor Falisete...! ¿Thierry...? -pregunta la voz de Abdelaziz.

-Ey... -digo yo, y me asomo por el borde del portón para ver dónde estamos y quién me espera fuera. Pero los focos me golpean como un mazo, la luz me taladra el cerebro como un pica hielos. El estómago se me encoge, se me retuerce dolorosamente. Y vomito, o eso intento. Las arcadas están vacías, hasta que por fin un hilo de pegajosa sustancia amarilla me sale de dentro. Los intestinos quieren salirme por la boca. Toso una vez más, la baba de bilis se corta por fin y mi estómago regresa a su posición habitual. Estoy cansado, mareado, enfermo, estoy fuera de combate...

-Vaya, estás malo... Venga, baja. Ya te daremos algo cuando lleguemos. Vamos.

-Gracias, sahbi... -digo. Y me dejo llevar. No puedo hacer otra cosa.

-Tienes que estar fuerte para escribir un buen reportaje sobre todo esto, Thierry -dice, mientras dos hombres de paisano me ayudan a bajar y me arrastran hasta un Toyota blanco. Abdelaziz se coloca junto a mí, en el asiento trasero. Quizá no la he cagado. Es que la fiebre incrementa mi nivel de paranoia habitual. Debo de estar muy mal. Tengo frío. Sí, debo rondar los cuarenta putos grados. Con cuarenta de fiebre me vienen esas sensaciones extrañas. Las motas de polvo que se metieron en mis ojos son ahora del tamaño de una rueda de tractor, sucia, reventada, con alambres roñosos y afilados arañándome la cornea. Mis dientes son tan grandes como un par de palas de squash, y siguen creciendo sin pausa. Mis dedos hinchados pueden tocar la luz, y torcerla... Un trayecto largo, va a ser largo. Atravesamos kilómetros de espesa negrura. Circulamos por el vacío puro y venenoso. Surcamos la oscuridad helada. Y me duermo, ¿o ya lo estaba? Y me despierto, tiritando. ¿O continúo soñando? Porque todo es extraño y no se en qué lugar me encuentro. Por el ruido me convenzo de que vuelo en un Boeing 767, de camino a casa. Veo el océano, tras la ventanilla, iluminado débilmente por la luna, y entonces comprendo que no voy a ninguna parte. Y me duermo. Y despierto, y hay

mucha luz. Sí, es el Atlántico, brillando bajo la luz del sol naciente. Seguimos la carretera de la costa hacia el Sur. El sol calienta el aire a través de la ventanilla cubierta de polvo. Alguien me ha colocado una chaqueta encima a modo de manta. Frente a mí, tan solo veo el turbante verde del copiloto. A su lado, el conductor parece dormido, con las dos manos apoyadas relajadamente sobre el volante. Con las gafas de sol es imposible saber si tiene los ojos abiertos. A mi lado encuentro a Bya, que me observa en silencio, hasta que dice:

-Bueno, ya tienes mejor aspecto, amigo.

-Sí, creo que me ha bajado la fiebre.

-Tenías que haber comido algo antes de dormir. Toma esto -dice, y me pasa una botella de zumo de manzana con gas y un bocadillo: pan de pita, patata y huevo cocidos con un chorro de aceite. Tiene buen aspecto. Lo devoro. No es que tenga hambre realmente, es mental. En realidad hace tiempo que el hambre se convirtió en dolor. El zumo es dulce, pero las burbujas me revuelven un poco el estómago. De todos modos sigo bebiendo, no puedo parar. Bebo, y bebo, y bebo. Abdelaziz me pasa otro sándwich, pero yo sólo quiero beber. Continuamos camino durante una hora. Paramos en medio de la nada. Los chicos tienen que mear. Yo aprovecho para vomitar y para comerme una naranja y para volver a vomitar. Continuamos camino durante una hora. Rodeamos Dar-el-Beida. Continuamos camino. El polvo del desierto cubre el asfalto blanquecino cuando volvemos a tomar la carretera. Dejamos Marrakech en el interior, y seguimos por la costa. Rodeamos por las arenas solitarias del desierto cuando hay que evitar los controles policiales. Me dicen que en el Sahara Occidental es mucho peor, no hay wilaya sin controles. Pero eso no parece desanimarles, pues continuamos camino. Pasamos Agadir, Tiznit, Tan-Tan. Bebo agua y me como otra naranja. Y esta vez lo retengo. El aire caliente que entra por la ventanilla me hace sentir bien.

-¿Dónde vamos exactamente, Bya?

-Te llevo a mi tierra, con unos amigos. Pronto pasaremos la frontera.

Continuamos camino. Y efectivamente, a la media hora atravesamos la frontera. O eso dice Mahmud, el conductor. En realidad, no hay nada parecido a una frontera, nada que establezca los límites de los dos países. Y tiene lógica desde el punto de vista imperialista de Marruecos, pues el Sahara Occidental les pertenece. Para ellos no es más que una autonomía dentro del reino alauí. Una autonomía corriente con un control militar y policial extraordinario. Una autonomía aparentemente tan pobre como las demás, pero rebosante de riquezas. Continuamos camino a través del desierto, y le pregunto a Mahmud cómo puede guiarse sin carreteras, sin ninguna referencia en el horizonte y con el GPS apagado. Él dice que conoce el camino. Que el desierto siempre ha tenido sus carreteras, aunque no sean de asfalto. Que en el horizonte hay referencias, aunque yo no las vea. Y que el GPS va mal desde hace días, y no merece la pena encenderlo. Intrigado, le pregunto que a qué se refiere con eso de que va mal, le pregunto si se ha roto alguna pieza. Él me dice que no, que lo que ocurre es que el aparato se inventa una posición aleatoria a cada instante. Me dice que en ocasiones el lugar real en el que se encuentra dista un centenar de metros del punto que indica el GPS. Y yo sé por qué.

Hay un asunto del que aún no he tratado con Abdelaziz. El más importante. Pero a estas alturas todos sabemos que el éxito reside en la paciencia. No es prudente poner las cartas sobre la mesa nada más repartir la mano, enseñar tu juego cuando aún queda mucho que ganar, y que perder. Recordemos que hay que preparar el camino, cuidadosamente. Ir al grano sería lo más fácil, lo más directo, lo que quisieran todos los hombres al conocer a una mujer atractiva. Pero no es así como funciona el juego. No queremos que se asuste, que desconfíe, que se cierre en banda. Queremos que se sienta a gusto, que se confíe, que se deje llevar. No debemos ser groseros, ¿verdad? No eres

un ladrón, un violador... El premio no se puede coger, han de entregártelo, ponértelo en bandeja de plata. El premio has de ganártelo. Así que propicio la situación, continúo haciéndolo. Y por eso les describo los conceptos básicos sobre el SA del NAVSTAR GPS. El *Global Positioning System*, el sistema de navegación por satélite desarrollado por el departamento de defensa de EEUU, fue el primero en completarse, uno de los tres que cubren hoy día la totalidad de la superficie terrestre y aún el más utilizado por los dispositivos comerciales, aunque el europeo Galileo viene pisando fuerte. Con 35 satélites funcionales, y a pesar de los errores inyectados al sistema por las asincronías en los relojes, las condiciones atmosféricas, el estado de la ionosfera o el efecto rebote y de camino múltiple de la señal, el GPS es bastante preciso. Los americanos han hecho buen negocio vendiendo el sistema y ahora medio mundo tiene receptores compatibles. Sin embargo, el GPS sigue teniendo un valor estratégico y militar importante, y a los señores de la guerra no les gusta crear un arma de dos filos para cortarse con ella. Por eso el sistema dispone de un mecanismo de protección, el denominado *Selective Availability*. Mediante el SA, la señal comercial fue distorsionada deliberadamente desde el primer momento. El error medio era de diez metros en el plano horizontal, aunque podía llegar a los cien, y de treinta metros en la vertical. El dueño del sistema, el ejército de los Estados Unidos, tenía la capacidad de añadir un error pseudoaleatorio en las señales cuya semilla cambia diariamente. De este modo, un receptor GPS militar tampoco sería útil sin la clave-semilla con la que descubrir la secuencia y compensarla. Pero el SA tenía varios inconvenientes. Durante la guerra del Golfo en 1991, el poderoso ejército estadounidense se quedó sin receptores militares suficientes y tuvo que hacer uso de equipos comerciales, susceptibles de su propia señal adulterada. Finalmente, decidió eliminar el error generado por el SA mientras durase el conflicto. Más tarde aparecieron las estaciones DGPS en las que se compensa el error, y que sirven una señal mejorada a los receptores comerciales. La Administración Federal de Aviación insistía continuamente en los millones de dólares que podrían ahorrar prescindiendo de sus viejas estaciones de tierra. El GPS podría ser su nuevo sistema de navegación si el SA no jugase con la altura y la posición reales. Finalmente, presionados por el mercado, sobrepasados por la precisión y las nuevas prestaciones de los SatNav emergentes, el europeo Galileo y el ruso GLONASS, Washington decidió desconectar el SA para siempre y empezar a firmar acuerdos de colaboración con los nuevos sistemas. Por supuesto, los hombres de verde habían encontrado ya otro sustituto mucho más efectivo para el SA. Un mecanismo fácil de activar, fácil de desactivar, que afecta tan sólo a la cobertura GPS de un área discreta, con un nivel de error ajustable y difícilmente compensable, al que hay que añadir además otras utilidades de vigilancia y seguimiento de receptores. Los usuarios no saben mucho de esto, ellos siguen en su mundo de fantasía. Pero el ejército estadounidense puede jugar con los receptores de una pequeña ciudad en cualquier parte del mundo y cuando lo desee. El ejército estadounidense puede divertirse con los receptores del Sahara Occidental, y es posible que lo desee. Les comento que quizá Washington, o quizá su buen aliado africano, preparan alguna escaramuza en la zona. Les aseguro que ésta puede ser una señal, la señal de que algo serio está a punto de suceder en el desierto... Pero cuando acabo mi discurso, percibo que mis palabras no han sorprendido en absoluto a la audiencia. Y yo sé por qué.

2. Dulce como el amor

Tres son los pasos que debes seguir para conquistar a una mujer. Y el segundo consiste en generar confort, dar confianza, ofrecer tu caballerosidad. Debes crear conexiones emocionales con ella. Le demostrarás que te ha convencido, que te ha conquistado y que ahora empiezas a interesarte realmente por ella. Le ofreces pequeñas muestras de cariño, de complicidad. Consigues que se sienta cómoda y abrazada por tu presencia. Si es capaz de imaginar, de sentir, que el destino es el verdadero y único responsable de que estéis juntos, entonces no podrá resistirse a continuar con el juego. Pero superar con éxito esta fase requiere hallar un lugar cómodo, lo más alejado posible de molestas interrupciones. Un lugar en el que poder aplicar las tácticas de esta segunda fase. Por eso estoy aquí.

Dicen que con el té se elimina la sed, se quita el cansancio y se engaña al hambre. Lo cierto es que no está nada mal. Me encanta el dulce, y el segundo estaba cargado de azúcar. Sin embargo, ahora tengo aún más sed, la fatiga me impide pensar con claridad y mataría por una comida caliente. Tfarah maneja los vasos con rapidez, como un tahúr barajando los naipes. Una delgada tela de llamativos colores la cubre casi por completo. La joven eleva un vaso mientras vierte el líquido dorado en otro, que se llena de espuma blanca y cremosa. Sus preciosos ojos negros observan con curiosidad y atención a los invitados, mientras sus manos se mueven con vida propia. Sus cejas perfiladas y un toque de maquillaje consiguen que su mirada sea aún más sugerente. La joven deja el vaso vacío sobre la bandeja plateada y coge el lleno con el pulgar y el índice, para no quemarse. La piel de su rostro es oscura, tersa, suave como una mus de chocolate. Mientras el brazo izquierdo reposa en su regazo, la mano derecha vierte el líquido de un vaso a otro con la rapidez del rayo, hasta que todos tienen una buena capa de espuma. Sus pómulos brillan a la luz mortecina del fluorescente. Rellena los vasos espumosos con el líquido ardiente de la tetera. Su nariz es ancha, con esa curvatura típicamente árabe. Vuelve a dejar la tetera sobre las brasas y nos sirve el tercer y último té antes de la cena. En sus carnosos labios brilla en todo momento una preciosa sonrisa.

-¿Tesrub si kwiyyes d ataty? -me dice, y no puedo apartar mi mirada de sus ojos.

-Wahed kas, shukran -respondo atolondrado, hipnotizado por esa sensual boquita.

Ella se ríe por mi torpeza. Se cubre la cara con el colorido paño mientras me ofrece el *kas*. Después comienza a limpiar la bandeja. Siempre alegre y risueña como una chiquilla. Y me encanta.

La preciosa Tfarah es sobrina de Jadima, la dueña de la casa. Jadima también fue bella tiempo atrás. Pero un día, algo marcó su rostro de forma irremediable. No pudo ser la edad, esa nos cambia poco a poco. La tristeza quizá, la amargura, el dolor. Bya me cuenta que su marido Abdalah fue asesinado años atrás por un tal Mustafa Kamour, un agente de la ley y súbdito entregado del rey. La muerte de Abdalah fue casual, lo que puede resultar aún más doloroso y cruel. A Mustafá no le gustaba la penetrante mirada de aquel vendedor de fruta. A Mustafá no le gustaba aquella mirada inteligente, orgullosa, incluso arrogante en ocasiones. Aquel había sido un día difícil para Mustafá, y decidió desquitarse con el tranquilo comerciante. Empezó con una simple provocación, pero una cosa llevó a la otra y el buen Abdalah terminó con una bala en la nuca. Cosas que pasan. Si Mustafá no fuese tan obtuso y hubiese descubierto que en realidad Abdalah transportaba con su camión algo más que naranjas... Pero pese a las desgracias, a los maltratos, a los abusos de poder y a las calamidades del destino, la lucha diaria debe

continuar. Ahora el negocio pertenece a su hijo Bachir. Ahora es él quién se encarga de repartir la fruta por los mercados de la ciudad y, cuando es necesario y prudente, transporta material caliente entre aldeas y ciudades saharauis, como hiciera antes su padre. Rara vez son armas, en ocasiones documentación importante, material prohibido, fugitivos de las autoridades marroquíes. Abdelaziz prometió a Bachir y a Jadima que Mustafá recibiría su merecido. Pero deben actuar con cautela, pues los marroquíes no dudan en tomarse una sangrienta revancha con los paisanos saharauis ante cualquier tipo de sabotaje, por no hablar de la muerte de uno de sus oficiales. Lo más probable es que uno de estos días Mustafá tenga un accidente de tráfico, una intoxicación etílica o algo similar.

Terminamos el tercer té y llega la cena, ¡gracias a dios... al que sea! Estamos en una habitación del segundo piso de la casa de Jadima. Alejados lo suficiente de la entrada principal y con una gran ventana por la que salir disparados si algún polizonte decide molestar. Sin embargo, Bachir, mi amigo Abdelaziz, Mahmud el conductor y Bled, el silencioso copiloto, están cómodamente arrepanchigados sobre los cojines, por lo que supongo que puedo relajarme. Y lo necesito. Jadima deja sobre una mesita baja los tayines humeantes, y se retira con Tfarah para cenar en la cocina. Una verdadera lástima perder de vista esos bonitos ojos negros; malditas sean las manías de los árabes. Aparto la curiosa tapadera de barro y dejo que la comida se enfríe un poco. Huele a especias, es... Kuskus con verduras y cordero o camello. Mmm, está riquísimo. Joder, me siento tan bien que tengo que hacer un gran esfuerzo para no quedarme dormido con una bola de comida en la boca. Después de esto, un buen polvo y moriría tranquilo. Pero no, aún tengo una misión que cumplir, un informe que rellenar...

Cuando terminan sus platos, los chicos de Abdelaziz comienzan a charlar animadamente con Bled. Así que aprovecho para continuar charlando con mi amigo. Mientras saboreo los últimos restos de la cazoleta de barro, le hablo de mi hija. Mi preciosa niñita, dulce como la miel y que no veo desde hace tres meses. Le digo que ahora me arrepiento del trabajo que he elegido. Le digo que la echo de menos. Le digo que a veces nos enredamos demasiado con nuestras absurdas tareas, con la repetitiva lucha diaria, con los negocios y los trámites y los procedimientos... Sí, quizá nuestros esfuerzos en continua batalla nos parezcan imprescindibles, los más trascendentes del mundo. Pero en el fondo sabemos que no es así... Nos olvidamos de lo que realmente importa en la vida. De esos pequeños momentos con los seres que amamos... Y él me dice que sabe a lo que me refiero. Me dice que cruzó el muro para ver a su mujer y a su hija. Que hacía siete años, siete años que no veía a su preciosa hijita. Las autoridades marroquíes vigilan constantemente la casa donde vive su mujer, en el Sahara ocupado. Vigilan a su familia en espera de que él se presente allí cualquier día. Y así sucedió. Me confiesa que fue un inconsciente. Apenas pudo estar cinco minutos con ellas antes de que la policía lo apresara y lo llevase a Rabat. Entonces pensó que había llegado su hora. O que quizá los marroquíes sabían algo más, y lo torturarían a él y a su familia para conseguir los detalles... Porque... Sí, en el Sahara Occidental se cuece algo importante. Sí, me lo cuenta sin tapujos, se abre a mí y me lo cuenta todo. Y me encanta.

Es en la ciudad de Bir Lehlu. Significa *el bello manantial*, en hassanía. Está fuera del alcance marroquí, en la zona liberada, en el área del Sahara Occidental controlada por el Frente Polisario. Allí, tras el muro que nos mantiene presos en este momento. Bir Lehlu, la capital provisional de la República Árabe Saharaui Democrática, mientras la capital oficial del Sahara Occidental, El Aaiún, continúe bajo control marroquí. Es en Bir Lehlu donde un veintisiete de Febrero de 1976, El-Uali Mustafa proclamó la RASD. Y es muy cerca de allí, a unos diez kilómetros al sur, donde un grupo de geólogos argelinos encontró el peculiar yacimiento de fosfatos. El lugar era conocido desde hacía tiempo,

pero los análisis que se realizaron la primera vez no indicaban una concentración y una pureza suficientes como para que el hallazgo fuese significativo. Sin embargo, el valor estratégico de los fosfatos ha ido en aumento, y la compañía argelina decidió realizar un nuevo estudio. Esta vez el examen fue exhaustivo, y no en balde. Los técnicos se encontraron con una grata sorpresa. Allí estaba, muy cerca de la superficie. Una capa que variaba de cuatro a siete metros de grosor y que se extendía al menos en cincuenta kilómetros cuadrados, con una pureza y una concentración de P_2O_5 del treinta y siete por ciento, más que suficiente para la rentabilidad de la explotación. Pero eso no era todo. Como si la pobreza de la superficie desértica tuviese que ser compensada por la riqueza oculta bajo tierra, allí mismo hallaron indicios de un gran tesoro enterrado millones de años atrás. Los estudios preliminares así lo indicaban. Era increíble. La porosidad de la roca, la permeabilidad, la saturación. Todo hacía pensar en la posibilidad de encontrarse ante una cuenca sedimentaria de hidrocarburos. Gas. Mucho gas. Metano, propano, butano, tal vez algo de petróleo.

Quizá en otro lugar, en otras circunstancias, en otro momento, el yacimiento de Bir Lehlu no hubiese tenido mayor trascendencia. Pero estamos hablando de una gran reserva de gas, de un gran contrato con Argelia, de una buena cantidad de billetes para los saharauis, por primera vez desde la colonización española, desde la colonización marroquí. Por fin podrán sacarle valor a la tierra que les queda, la que que no lograron arrebatárselos. Por fin podrán financiar un ejército realmente poderoso con el que enfrentarse de nuevo, definitivamente, al usurpador de su patria. O comenzar una acción diplomática contundente, mostrar a la ONU y al resto del mundo que ya no se les convence con mentiras y promesas incumplidas. Argelia sacaría al mercado ese gas con gran provecho. Los hidrocarburos desempeñan un papel crucial en su economía. Representan más del noventa y cinco por ciento de los ingresos de exportación. Argelia es el tercer mayor proveedor de gas a Europa. Ellos saben de gas, de petróleo, de tuberías y del comercio mundial de hidrocarburos. Argelia, dentro del GECF, unida a la aún poderosa Rusia como el futuro pronostica y a otros grandes productores como Irán y Qatar, con los que controlará el mercado gasístico mundial. Hace seis meses, Argelia se comprometió a firmar con Rusia un tratado de comercialización conjunta, con el que podrán hacer frente a la amenaza de las tuberías norteamericanas que cruzan Asia Central para obtener los hidrocarburos del Caspio. Azerbaijan, Kazakhstan, Turkmenistan, Uzbekistan, Kyrgyzstan. Estados Unidos lleva décadas procurando dividir, aislar y controlar las antiguas repúblicas soviéticas, ricas en crudo y gas natural, o por las que han de pasar las conducciones hasta los consumidores occidentales. Ha levantado y apoyado gobiernos dictatoriales, ha financiado y adiestrado *peligrosas* milicias anticomunistas, ha impulsado los extremismos religiosos y nacionalistas para desestabilizar y desacreditar la política Rusa... Pero los rusos no dan su mano a torcer. Aún controlan una muy buena parte de los recursos en Asia Central, y lucha por recuperar las relaciones con sus viejos vecinos y mantener su posición dominante en el mercado mundial. Mientras, los europeos aumentan el consumo, sus pozos se agotan y su dependencia energética exterior se dispara. No desean abandonar su estilo de vida derrochador y están dispuestos a pagar un buen precio con tal de no detener su industria. Pero temen la dependencia de un cártel gasero que les imponga precios elevados, de tal manera que apoyan a EEUU en su lucha por derrocar del puesto a Rusia. Europa prefiere depender del gas proporcionado por compañías americanas. Como siempre, demuestra una falta de carácter y se vende a los intereses americanos, metiéndose aún más en la boca del lobo. Pero a pesar de las presiones de la Unión Europea, a pesar de los recientes atentados contra gasoductos por parte del Al Qaeda magrebí (una de las células del famoso grupo terrorista ligado desde su fundación a la CIA), a pesar de no querer perder su autonomía frente al gigante ruso, a

pesar de todo eso, no hay duda de que Argelia firmará el acuerdo. Muy a su pesar, Marruecos depende en gran medida del gas argelino. América consume también gran cantidad de gas licuado argelino. Europa se alimenta a través del gas licuado y de gasoductos como Medgaz, que se extiende doscientos kilómetros bajo el Mediterráneo, directamente desde Hassi R'Mel hasta Almería. Todos dependen del viejo aliado del Sahara Occidental. Y por si fuera poco, ahora se descubren nuevos pozos en las zonas liberadas por el Polisario, junto a la frontera con Argelia y Mauritania. Sí, en el Sahara se cuece algo grande. Por eso estoy aquí.

- Así que ahora nuestra gente tiene que andar con pies de plomo -me dice Bya-. A estas alturas y con los satélites americanos haciendo miles de fotografías cada día, el yacimiento no debe de ser ningún secreto para ellos. Seguramente tampoco lo es para Marruecos. La cuestión es si tendrán valor suficiente para atacarnos abiertamente, de robarnos lo poco que nos queda.

- Marruecos no puede asumir el coste de una guerra abierta. Incluso con la financiación de sus aliados americanos hubiese perdido la guerra con el Polisario, por eso utilizaron a la ONU para el alto el fuego del 91. Pero de todos modos necesitáis armamento... La cuestión es ¿os fiáis de Argelia? ¿Quién controlará los pozos y los gasoductos?

- ¡Claro que nos fiamos! ¡Si no fuese por los argelinos ahora estaríamos todos muertos! -me contesta excitado-. Además, no hay otra opción. Necesitamos los recursos y la tecnología que Argelia nos proporciona. Quizá en el futuro, cuando el gas haya dado sus frutos...

- No es necesario esperar tanto. Una vez se comprueben las reservas de gas y petróleo, sin olvidarnos del fosfato, muchas corporaciones financiarían la tecnología y los recursos para la explotación, para el mantenimiento, para la seguridad... La seguridad del yacimiento es imprescindible. Todo sería vuestro. No tendrías que depender de nadie...

- No, no, no. Tampoco queremos depender de empresas extranjeras. ¿Qué ventaja obtendríamos de ese modo? Confiamos en nuestros hermanos argelinos y...

- Las ventajas son múltiples... Y existen compañías de confianza. Claro que hay muchas vendidas a las grandes potencias, tanto a EEUU, como a Rusia, como a Europa. Se dedican a sabotear, a espiar, a corromper y a desestabilizar las economías locales. Pero siempre puedes encontrar profesionales que están al margen de eso. Conservaríais los beneficios y la independencia. Yo puedo ponerte en contacto con alguna gente... Incluso en el sector de la seguridad y las PMC hay empresas responsables. También hay entidades financieras e industriales que juegan limpio. En mis años de investigación me he topado con muchas corporaciones que hacen un buen trabajo...

- En cualquier caso, mi amigo Thierry, en cualquier caso... Yo no soy el responsable de tomar tales decisiones.

- Claro, claro. Y la mía es tan sólo una humilde opinión, al fin y al cabo -no hay que precipitarse, me repito continuamente-. No soy un maestro de las finanzas. Pero creo que sería inteligente que quien tomase esa decisión... estudiase otras alternativas a parte de Argelia. Esos yacimientos podrían ser el trampolín que lanzase al Sahara Occidental a la libertad y al mercado internacional, sin ataduras ni sumisiones... No sólo conservaríais las zonas liberadas, con una empresa militar responsable y experimentada podríais arrebatarse a Marruecos el control de vuestras minas y de todo el Sahara.

- Sí, es ciertamente muy interesante, *mon amie*. Te puedo asegurar que comentaré lo que me has dicho al responsable de la explotación... Es grato tener cerca a alguien que sepa tanto como tú, y esté además tan decidido a ayudar al pueblo saharauí.

- Sí, mi educación fue muy buena hasta que el colegio me la interrumpió, ja, ja. Pero desde que salí de la facultad de periodismo he aprendido mucho, y siempre he

querido ayudar a la verdad y...

- ¿Y cuales serían esas empresas?

- Bueno, es una gran lista. Por ejemplo, para la protección de las instalaciones y de los oleoductos conozco una empresa de seguridad que financiaría sin pegas toda la instalación, los mercenarios... Los he visto trabajar antes en África y...

- Bien, bien. ¿Podrías escribirme esa lista? La estudiaremos con detenimiento. Quizá sea mejor no confiar a Argelia todos nuestros bienes, como dices.

- Muy bien pensado, Bya. Eso no quiere decir que Argelia cumpla un rol importante en el proyecto, pero confiarlo todo a otra nación sería sin duda contraproducente. Debéis distribuir la inversión y el riesgo... -le digo, se nota que estoy inspirado.- Te escribiré esa lista en seguida... Aunque tendría que hacer un par de llamadas...

- No, me temo que de momento no es posible, *mon amie*. Aún debemos salir de aquí. Pero pronto, pronto estaremos a salvo y rodeados de amigos. Negociaremos entonces con quien haga falta.

Un rato después, las dulces mujeres de la casa nos trajeron el postre. Me encantan los dátiles. Aunque con tanto azúcar y sin dentífrico, siento que de un momento a otro mis dientes se van a disolver en mi boca. Tengo sed, tengo calor. Ahora, acostado sobre los cojines, escuchando el ronquido de Mahmud, comprendo que la fiebre no me ha abandonado definitivamente. No me siento enfermo, pero en ocasiones pierdo la concentración, se me va la cabeza. Espero no haberla cagado con Abdelaziz. Cuando uno está así, dice cosas que pueden malinterpretarse. Quizá la fiebre es como el alcohol... Joder, no me vendría nada mal un trago. ¿Quién coño les ha dicho a esta gente que el whisky es malo? Necesito un trago, un buen trago de desinfectante etílico. No sé cómo pude coger el maldito virus. He perseguido a verdaderos personajes por todo el mundo, los he vigilado hundido en el fango y con sanguijuelas en los huevos, les he tomado fotografías dignas de exposición mientras los mosquitos me comían vivo, he escrito notas con mis manos azuladas y doloridas mientras los pies se me congelaban en las botas cubiertas de hielo, he tenido que comer y beber lo que encontraba por el camino. Y me encanta. Sin embargo, unos días en el comfortable marruecos, con gente amable y hospitalaria, con un buen reportaje que escribir... y siento que algo no anda bien en mi organismo. Me hago mayor, quizá. Sí, me hago mayor. La energía se gasta, la impulsividad se debilita, la seguridad se pierde y uno se hace débil como la madera podrida. Sí, me he hecho mayor y no he sabido adaptarme. Quizá debería retirarme antes de joderla. Pero, ¡qué coño! A quién le importa si fracaso. Mi trabajo pasa desapercibido de todas formas... y no quiero dejarlo. Quizá no sea un maestro del oficio, pero no se hacer otra cosa. No tendría sentido. Nada tiene sentido sin esto. ¿Mi niña, mi mujer, los que dicen ser mis amigos? Estoy cansado de esa vida. De hecho, esa vida nunca ha tenido sentido para mí, en realidad no es más que otra tapadera. Una tapadera de una tapadera... Seguiré en esto hasta el final. Y si los ratos aburridos superan a los interesantes, que el final no ande lejos cuando me alcance. No me asusta morir, si es de una forma interesante... Pero no debo pensar en eso ahora. Ignoro los estúpidos gritos en mi cabeza, ignoro los ronquidos de Mahmud, y me duermo.

Me despierto solo, en el salón. Todos los cojines están colocados junto a la pared excepto los que forman mi colchón. ¿Se han largado sin mí? Joder... Me levanto, corro la cortina de la ventana y miro a través del cristal polvoriento. El sol brilla alto. Debe ser tarde, he dormido demasiado. Escucho un ruido a mis espaldas y cuando me doy la vuelta veo aparecer a Tfarah. Lleva la bandeja plateada del té, con sus vasos y la tetera.

- Sabah al-jair -dice, y me acaricia con su sonrisa.

- Buenos días, Tfarah. ¿Dónde han ido todos?

- Están en el garaje, preparando el camión.
- ¿Preparando... el qué?
- Creo que Bachir os llevará en su camión esta tarde.
- Ah, bien, bueno...
- Ahora mismo te preparo el té.

- Claro. Shukran, Tfarah. Eres un encanto -y me sonrío. Yo también sonrío. Porque no se han largado sin mí. Pero, joder, no puedo volver a despistarme de esta manera. No puedo perder esta gran oportunidad. El asunto se está poniendo realmente interesante. Estoy metido hasta el cuello. Y me encanta.

Escondidos detrás de apestosas cajas de fruta podrida, viajamos en el camión de Bachir por una ruta hacia el Este que sólo él conoce tan bien. Esquiva los controles cuando es posible, soborna a los súbditos del rey con algunos dirham cuando es imprescindible, temple los nervios cuando una patrulla nos detiene en mitad de una carretera a ninguna parte... Tenemos que hacer varias paradas para repostar el camión desde garrafas de gasolina que Bachir lleva entre las frutas, y aprovechamos para echar una meada y tomar algo de comida. Y al final alcanzamos la frontera real. El camión se adentra en una aldea cercana a la muro. Tras algunos rodeos, aparca en el interior de un almacén de adobe y cierra el portón de chapa. El motor se detiene y nos invade el silencio y la oscuridad. Me pregunto cuál es el plan, pero la tensión que se respira en el ambiente me impide hacer preguntas en voz alta. No quiero parecer un estúpido, no quiero romper el buen feeling que he logrado con Bya. De todos modos, mi objetivo está detrás del muro. No me importa cómo piensen atravesarlo mientras logremos hacerlo sin incidentes.

Los muros construidos por Marruecos para defender y conservar las minas de la guerra de guerrillas saharauí, empezaron a construirse en los años ochenta y recorren algo más de 2.700 kilómetros. Muros de tierra, varias filas de dos metros de ancho que se elevan hasta los tres metros. Muros de piedra, para impedir el paso de las fuerzas blindadas Saharauí, de dos metros de alto. Alambradas, principalmente frente a los puntos de apoyo y de observación. Escarpas y contra escarpas, zanjas de tres metros de longitud por uno de profundidad, para impedir la penetración de tanques. Campos de minas sembradas frente, detrás y en los flancos de todas las posiciones, generalmente irregulares y mixtos, anticarro y antipersona, dotados de dispositivos de anti-levantamiento, unos diez millones de minas de diversas designaciones tácticas. Radares, como el Stentor, el Rasit, el Ratac, además de los poderosos radares de Westinghouse, capaces de detectar día o noche la presencia de una persona hasta una distancia de unos treinta kilómetros y la de vehículos a sesenta kilómetros. Puntos de apoyo, a cada cuatro o cinco kilómetros. Alrededor de cien hombres de infantería y una sección de unos treinta comandos. Unidades de intervención rápida, tanques, artillería y puestos de mando...

- Vamos, querido Thierry. No tenemos toda la noche -dice Bya, justo antes de saltar del camión. Se despide rápidamente de Mahmud y Bachir. Mientras nos colamos por la boca de un estrecho agujero excavado en la arena, justo debajo del camión, Bya me explica que cruzaremos el muro bajo tierra. Que la sección de muro no está tan vigilada como de costumbre. Que el par de radares que cubren la zona se encuentran en mantenimiento periódico, sí, los dos a la vez. Que las tropas de esta sección son mucho más incompetentes y relajadas de lo habitual. Que esta noche es luna nueva. Que al otro lado nos aguarda un coche que nos llevará al yacimiento. Que tendremos que arrastrarnos seis kilómetros bajo cinco metros de tierra. Que no me ponga nervioso, porque hay poca luz y poco oxígeno. Que le siga y que por nada del mundo me pare. Y eso hago. Es toda una experiencia estar atrapado por toneladas de arena sobre tu cabeza; arrastrarte a cuatro patas sin ver lo que tienes delante; desconociendo si el túnel

tiene salida o si se ha derrumbado más adelante y tendrás que volver atrás, kilómetros sobre tus rodillas y las palmas doloridas de tus manos; si se derrumbará directamente sobre tu cabeza; arrastrándote, sudando, intentando respirar pausadamente el poco aire que queda allí abajo. Pero finalmente el agujero comienza a subir, se agradece el aire fresco de la noche desértica. Lo hemos conseguido. Bya se arrastra fuera de la madriguera como una serpiente, sin hacer ruido. Yo le sigo. Algo nos aguarda a unos metros, y no miramos atrás. Subimos a la caja de un Toyota oscuro. Me sacude un escalofrío cuando arrancan el pesado motor, y dejamos atrás una nube de polvo apenas visible en la noche apagada. Me gustaría dormir, pero el camino que han elegido está lleno de piedras y el zarandeo brusco y constante me provoca náuseas. Además, estoy helado de frío, me duelen las rodillas y tengo el estómago vacío. Y me encanta.

3. Suave como la muerte

Tres son los pasos que debes seguir para conquistar a una mujer. Y el tercero es el de la seducción. Debes haber aislado ya a tu objetivo en ese lugar especial en el que se encuentra seguro y cómodo. En esta fase debes impedir los miedos de último momento y lograr que se entregue por completo. Sin más rodeos, sin dudar un instante, tomarás tu premio en cuanto insinúe que quiere entregártelo sólo a ti. Es el momento de culminar el acto. Es el momento de alcanzar tu meta. Para este instante has recorrido todo ese largo y arduo camino. Por eso estoy aquí.

La noche fue fría y muy larga. Pasamos por Tifariti sin detenernos demasiado. Mi compañero Bya realizó algunas llamadas que no puede escuchar. Después continuamos ruta hacia Bir Lehlu y, finalmente, hasta nuestro destino, el nuevo y controvertido yacimiento de gas, petróleo y fosfatos. El perímetro está custodiado por fuerzas del Polisario. Al llegar pude observar arcaicos carros blindados soviéticos esperando inmóviles como escarabajos bajo el afilado sol de la mañana. También vi algunas trincheras y puestos de vigilancia, y vislumbré lo que me pareció una batería de SAM, esperando quizá un pajarraco que cazar. De vez en cuando camiones y todo terrenos con ametralladoras antiaéreas levantan el polvo a un radio de unos tres kilómetros del yacimiento. Mucho más cerca están los vehículos de perforación, los camiones, las excavadoras, grúas, pirámides de tuberías y vigas de acero, casetas prefabricadas, una gran antena de radio. El lugar es un enjambre de obreros e ingenieros vestidos con monos azules y blancos manchados de polvo, con sus cascos y sus herramientas.

La día ha sido fructífero, en parte. Me han prestado una cámara digital, me han permitido merodear por todas partes, me han autorizado a investigar, a preguntar, a incordiar... Y me encanta. Como era de esperar, en el yacimiento trabaja un equipo de Sonatrach. No tardé en descubrir varias furgonetas con el retorcido logotipo corporativo. Sonatrach es la empresa más grande de Argelia y la undécima más grande del consorcio petrolero en el mundo. Los Hidrocarburos desempeñan un papel crucial en la economía del país, ya que representan más del noventa y cinco por ciento de los ingresos de exportación. Como resultado de ello, Sonatrach es muy importante políticamente, la mayoría de los ministros de Energía de Argelia han ocupado puestos directivos en la corporación. Un par de técnicos argelinos me han asegurado que el yacimiento es importante; aunque no me han ofrecido datos concretos es seguro que supondrá un gran pellizco. También he intentado charlar con algunos agentes rusos, pero se han mostrado esquivos y no he sacado nada de ellos. Aunque iban vestidos con monos de trabajo y cascos, no podría asegurar si son ingenieros de Gazprom, los ojos y oídos del gobierno ruso o ambas cosas al mismo tiempo. He dibujado un plano aproximado de las instalaciones, incluso conozco el lugar preciso donde mi amigo Bya tiene su oficina personal, pese a que no me ha permitido entrar. No quiere que utilice el teléfono ni Internet de momento, y eso me ha roto el corazón. Pero quizá eso también me brinde una excusa perfecta para visitar su lugar de trabajo en otra ocasión. Le he entregado la lista, nombres y números de teléfono. Le he hablado tan dulcemente de esas agencias que estoy seguro de que llamará, tiene que hacerlo. Aunque confieso que me he sentido algo defraudado por mis progresos, esperaba algo más, esto no ha sido ni un mal polvo, tan decepcionante como un beso en la mejilla. Pero he averiguado cosas. He charlado con un hombre del Polisario que chapurreaba español y se veía dispuesto a contarme cualquier cosa. Dejó a un lado su Kalashnikov y aceptó mi lata de refresco recién robada de una

nevera de Sonatrach. Me contó lo que había escuchado sobre el nuevo dispositivo de seguridad que se espera pronto para asegurar el área del yacimiento. Me dijo muy orgulloso que el Polisario lo tiene todo bien atado, pero que aceptarán la ayuda militar del país vecino. Me dijo que ya hay soldados argelinos pululando la zona. No sabe cuándo pero pronto llegarán refuerzos, comandos, infantería, helicópteros y artillería. Tendrán una actuación conjunta con el Frente.

- Esto será como base militar. Alambrada, muro, torre vigilancia... Ya sabes. Dicen argelinos traen radar también. Nosotros hacemos con menos, pero ayuda está bien, por si hijo de puta Marruecos quiere robar más.- No hay duda de que es una ardua tarea la de convencer al Polisario para que acepte un cuerpo privado de seguridad, cualquier ayuda que no venga de Argelia les resulta sospechosa. Pero es lo que hay que hacer, es lo mejor para todos. Por eso estoy aquí.

Está anocheciendo. Transcurren los segundos y al Sol se lo traga la arena. Y no puedo más que confirmar mis peores sospechas... He fracasado. A estas horas Bya Abdelaziz y yo deberíamos estar hablando por el manos libres con uno de los tres contratistas militares que le indiqué. Y en realidad, por mucho que me haya conducido hasta mi objetivo, por más que parezca haberme facilitado las cosas, me temo que es Bya quien ha jugado conmigo. Sí, conoce el juego. Ha ganado una partida que yo tenía amañada desde el principio, él es el verdadero tahúr. Todo poder es una conspiración permanente. Estoy acabado, soy un maldito perdedor. Bya me ha engañado, me ha seguido la corriente como a un estúpido novato. Me ha rechazado como a un bastardo, como a un borracho maloliente. En las grandes crisis, el corazón se rompe o se curte. El mio está roto, cosido y curtido tantas veces que ha perdido ya su función. Quizá he fallado por eso, algunos intuyen que estoy muerto, huelen mi hedor putrefacto. Estoy acabado, soy un maldito perdedor. Sí, he fracasado. Sólo me queda entregar mi informe, tengo algunos datos que quizá resulten de interés en la oficina.

El sol se puso hace ya unas horas, pero aún tardará en amanecer. Es el momento adecuado para visitar ese despacho con teléfono y conexión a Internet. Abandono la alfombra sobre el suelo de mi haima y salgo al frío de la noche. Veo muy pocos uniformes mimetizados; unos fuman, otros juegan a las cartas con ojos entornados y los demás dormitan apoyados contra alguna pared. Por fortuna, la vigilancia se concentra en el perímetro exterior. La noche es oscura y me arrastro con sigilo hasta la caseta prefabricada. De mi hombro cuelga la cámara saturada de imágenes, y en el bolsillo de la chilaba llevo mi libreta, repleta de nombres, relaciones, planos, conversaciones, lugares... Lo intuyo, lo huelo, se acerca el final, y me encanta. Me resulta más difícil de lo que pensaba abrir la maldita puerta introduciendo la portada de mi libreta por la ranura junto al marco. Pero finalmente logro correr el cerrojo y estoy dentro. Utilizo el fulgor del LCD de la cámara para registrar la estancia. Primero me centro en la mesa, en los cajones... Allí está el teléfono. Hay documentos, pero es difícil saber si es material interesante, está en árabe, en francés, en inglés... No, la mayoría es basura... Y entonces escucho un ruido, a mis espaldas. Giro sobre mis talones y una bombilla de cuarenta vatios ilumina la estancia.

- Buenos días, *mon ami* Thierry, ¿o debería decir, *mister* Shaw? -dice Bya, con una sonrisa burlona en los labios, pero su mirada es de hielo. Me observa fijamente desde el umbral, agarrando con fuerza el marco de la puerta, insinuando que no va a permitir que me largue de aquí por muchas explicaciones que me invente.

- Hola Bya... veo que has estado machacando un buen rato el Google, ¿eh?

- Mis recursos van algo más lejos, señor Shaw.

- Ah... La oficina debería haberme buscado una identidad más sólida, supongo.

- No culpe a Full Intell, señor Shaw. Me han informado de que es una buena

empresa, discreta en recursos pero eficiente por lo general... Es una de esas agencias privadas que se encargan de inmiscuirse en los negocios de otros, ¿verdad? ¿Pagan bien?

- No hago esto por dinero, el dinero no es nada... Pero mucho dinero, eso ya es otra cosa. ¿Qué hice mal, Bya?

- Cuando nos conocimos, hablo usted mucho, quizá demasiado. Todo le fue bien hasta que afirmó haber trabajado en el Magreb con anterioridad. Soy un buen hombre y generalmente no desconfió de la gente, pero tuve que hacer algunas indagaciones. Hay un proverbio árabe que dice: si quieres mentir, cita a primos lejanos.

- Ah... Improvisé en exceso...

- Se sintió demasiado seguro, ¿verdad? Pero en realidad no se fía ni de usted mismo. No sufra, en cualquier caso, quizá Full Intell sí cometió un error aceptando este encargo. ¿Por qué íbamos nosotros a contratar mercenarios o tecnología de vigilancia que ni entendemos? Desde el principio hemos combatido por nuestros propios medios. Jamás permitiríamos a un desconocido luchar nuestra guerra, proteger nuestras escasas riquezas, depender de su tecnología y su estrategia. Ya hemos confiado demasiado en organizaciones extranjeras. Y esos tres contratistas... pertenecen todos a una única multinacional francesa. ¿No pensaron acaso que sería demasiado evidente?

- Yo no sé nada de eso, en realidad.

- ¡Claro que no! ¡A usted no le importa en absoluto! Le da igual quién esté detrás, mientras le paguen bien. Esa compañía podría buscar un negocio rentable ayudándonos, o también podría ser una puerta trasera para un ataque americano o marroquí o francés. Una forma de controlar nuestra única fuente de financiación, una forma de arrebatarlos la única posibilidad de recuperar nuestra nación...

- Tienes razón, no me importa una mierda -digo, mientras me acerco a él. Estoy cansado de todo esto, de todo lo que sale mal, siempre. Mi mano agarra la nuez en su cuello y aprieta con fuerza. Él intenta deshacerse de mi garra, pero tengo más fuerza de la que aparento. Le agarro la nuca con la otra mano y hago tenaza. No para de retorcerse, pateando mis espinillas, golpeando mi mandíbula prieta. Le empujo, giramos y caemos sobre la mesa. Echo todo mi peso sobre él, agarro con fuerza su cabeza y la golpeo una y otra vez contra un pisapapeles de roca, una bella rosa del desierto que se hace polvo bajo su cráneo sanguinolento. Y entonces siento algo en mi estómago, algo extraño, incómodo, y me detengo.

- ¡Alto! ¡Date la vuelta! -grita alguien a mis espaldas, pero estoy demasiado concentrado en mi estómago. Suelto a Bya y me palpo el abdomen. Sangro, mucho.

- No disparen, por favor -dice Bya, con voz ronca. Bya, mi viejo amigo Bya, que me ha perforado con un cuchillo de hoja curva y cachas de marfil. Aún lo tengo ahí clavado, pero no tengo valor para arrancarlo de mi carne.

- Un auténtico guerrero del desierto, ¿eh, Bya?

- Es sólo un abrecartas, señor Shaw -responde con amargura. Acaricia su garganta enrojecida y se incorpora, sentado aún sobre la mesa, mientras me mira con desprecio.

- Joder... -Me desangro, por dentro y por fuera. Sí, es el momento. Y me encanta. Me vuelvo hacia la puerta y varios hombres me encañonan desde el umbral con sus AK's. Camino hacia ellos, con la esperanza de que me rellenen el cuerpo de plomo. Pero se apartan y me dejan salir. Bajo los escalones agarrándome las tripas y mis manos se cubren de sangre. Me alejo, camino sin rumbo. El aire frío golpea mi rostro y comprendo lo buena que es la vida, el suave calor de la vida que se escapa de mi estómago, caldeando mis manos heladas. No siento dolor, tan sólo una suave punzada en mi interior. El horizonte comienza a clarear y camino hacia la luz púrpura. En realidad, hacía mucho tiempo que buscaba esto. Por eso estoy aquí. Camino con la alegría que da la

certeza, y sigo caminando hacia amanecer. El Sol asciende veloz para ocupar de nuevo su lugar, y la oscuridad desaparece, y un brillo suave acaricia las dunas que se extienden delante de mi. El aire pronto deja de estar helado, una brisa fresca y suave que acaricia todo mi cuerpo. Estoy cansado, no puedo caminar más. Mis rodillas ceden y caigo a la suave arena, pulida sin descanso durante millones de años. Y mientras veo cambiar suavemente los infinitos tonos de color del cielo espero la llegada del nuevo día. Espero mi muerte, la espero sin prisa, pues es una muerte suave. Sólo espero haberme desangrado antes de que el sol caliente demasiado. Y presto mucha atención ahora, pues es ésta una experiencia auténtica, sin engaños, sin trucos. Y me encanta.

La excitante vida del espía debería ser el mejor estimulante para quien está cansado de la vida.

ROBERT BADEN-POWELL

Fin

César Casanova López
Madrid, 19 de Agosto de 2010

Diccionario de Hassanía (Árabe magrebí)

Perdonen todos los amigos árabes este pésimo intento de utilizar su idioma:

- Hna ¡Ha fayn, kelb!	[Aquí ¡Aquí mismo, perro!]
- Msadi...	[Oxidado...]
- Xra...	[Mierda...]
- Salam (As-Salamu `Alaykum)	[Hola (La Paz sea contigo)]
- ¡Hon! ¡Hon! ¡Et-Áala!	[¡Aquí! ¡Aquí! ¡Venid aquí!]
- Siyyed... ¿Achanabtac?	[Señor, ¿se encuentra bien?]
- Le bes, le bes...	[Estoy bien, estoy bien...]
- ¡Yallah! ¡Yallah!	[¡Vamos! ¡Vamos!]
- Men fadlek...	[Por favor...]
- ¡La, la!	[¡No, no!]
- Shukran...	[Gracias...]
- Sahbi	[Amigo]
- ¿Tesrub si kwiyyes d ataty?	[¿Deseas beber un vasito de té?]
- Wahad kas, shukran	[Uno vaso, gracias]
- Sabah al-jair	[Buenos días]

Nota histórica:

En 1955 España ingresa en Naciones Unidas. Debe por ello someterse a los principios del organismo en materia de descolonización. Pero la actitud española es intentar ganar tiempo para eludirlo. La cooperación entre Francia, España y Marruecos culminó en 1958. Los luchadores saharauis, que habían apoyado a los marroquíes, mauritanos y argelinos en sus procesos de liberación contra Francia, pidieron apoyo en su lucha de liberación contra la continuación de dominio español. Dando como resultado la traición por parte de los marroquíes a los resistentes saharauis. España recompensó por ello a Marruecos con la provincia actual de Tarfaya, al sur de la frontera marroquí, que estuvo hasta entonces bajo dominación española y habitada por saharauis. En 1963 el Comité Especial de Descolonización de Naciones Unidas incluía el Sahara Occidental en la relación preliminar de regiones del mundo a las que se debía aplicar la Declaración sobre concesión de independencia a países y territorios coloniales. En 1965 España es invitada a iniciar los trámites descolonizadores, quedando aceptado por las partes el principio de autodeterminación ante la ONU. A principios de los setenta se inicia el proceso de Autonomía previo a la independencia, tal como reclamaban los organismos internacionales y la población saharauí. Culminada una breve fase autonómica quedó fijada para 1975 la celebración del Referéndum de autodeterminación. El 17 de junio de 1970, una campaña intensiva para movilizar al Pueblo Saharauí en nombre de su independencia llevó a una masiva manifestación. Los españoles reaccionaron masacrando a los manifestantes y disolviendo el movimiento de liberación. Su líder, Mohamed Sidi Brahim Basiri, es detenido y hecho desaparecer. Los saharauis deciden tomar las armas y luchar. En mayo de 1973 se celebra el Congreso Constitutivo del Frente por la Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro, conocido como Frente

Polisario y liderado por El Uali Mustafa Sayed. El 12 de mayo de 1975, una Comisión de Encuesta de la ONU llega al territorio saharauí y comprueba que: "el Polisario es la única fuerza política dominante en el territorio y la inmensa mayoría del pueblo desea la independencia". Las poblaciones alertan a la ONU sobre las amenazas de invasión que enarbolan Marruecos y Mauritania. El 31 de octubre se desencadenan las batallas bélicas entre el Ejército de Liberación Popular Saharaui (E.L.P.S) y las Fuerzas Armadas Reales Marroquíes en la localidad de Efdeiria. El 6 de noviembre de 1975 se inicia la "Marcha verde", Hasan II envía a más de 250.000 civiles desarmados (incluyendo a presos liberados a condición de unirse a la marcha) en dirección al Sáhara Español. Su propósito era conseguir la anexión a Marruecos del territorio, que administrativamente era una provincia española, pero sin embarcarse en una costosa guerra. Mauritania a su vez, lanza desde el sur su ejército en un plan organizado para repartirse con Marruecos el territorio. Así comienza la invasión militar marroquí y mauritana y la huida masiva de población civil saharauí que es atacada con napalm y fósforo blanco por la aviación marroquí. El 14 de noviembre de 1975 Marruecos negociaba con España y Mauritania los denominados *Acuerdos Tripartitos de Madrid*, mediante los cuales España vendía a ambos la administración del territorio (el tercio meridional a Mauritania y el resto del territorio a Marruecos), desatendiendo las resoluciones de las Naciones Unidas para *"garantizar que toda la población saharauí... pueda ejercer su inalienable derecho a la autodeterminación a través de consultas libres"*, apoyadas por el dictamen del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya de 16 de octubre de 1975, que había reconocido que el Sáhara no formaba parte de la "integridad territorial" de Marruecos. Los refugiados saharauís se establecen en campamentos, en la desértica región argelina de Tinduf, país que le presta desde entonces ayuda y acogida. En la noche de 26 de febrero de 1976, España finaliza su presencia colonial en el Sahara. El 27 de febrero de 1976 el Frente Polisario proclama la constitución de la R.A.S.D en Bir Lahlu. Desde entonces la República Árabe Saharaui Democrática ha sido reconocida por la OUA y numerosos estados. Marruecos no puso problemas en ceder el tercio sur del territorio a Mauritania ya que las minas de fosfatos del norte, los yacimientos de Bucraa, quedaban en sus manos. De esta manera, no sólo la ola de entusiasmo nacionalista debería traducirse en un aumento de popularidad de la monarquía marroquí, sino que la economía nacional se revitalizaba. Sin embargo, comenzó inmediatamente el enfrentamiento entre Marruecos y Mauritania por un lado, y el Frente Polisario por otro, el cual no aceptaba el cambio de un dominio colonial por otro. En 1978, Mauritania reconoció su impotencia militar y económica para controlar el territorio incorporado. Derrotada, firmó la paz con el Frente Polisario renunciando a sus pretensiones en el territorio. Al mismo tiempo Marruecos materializó la ocupación con el apoyo de Estados Unidos, en la que bombardeó a la población saharauí con napalm y fósforo blanco con el objetivo de cometer genocidio, lo que ocasionó la huida de muchos al exilio en el desierto. Durante años de guerra, Marruecos sufría derrotas militares y un gran desgaste económico. En 1991, Marruecos y el Frente Polisario firmaron un alto al fuego auspiciado por la ONU que estableció la Misión de Naciones Unidas para el referendo en el Sahara Occidental (MINURSO), que se celebraría en febrero de 1992. El Frente Polisario acusa a Marruecos de ir aplazando la convocatoria del referéndum mediante apelaciones para que la población no saharauí instalada por el gobierno marroquí en la zona durante los últimos años tenga derecho a voto. Marruecos ha continuado inyectado ciudadanos marroquíes en la zona ocupada del Sahara Occidental hasta hacer que los saharauís sean considerados minoría y tratados de forma discriminatoria en su propia tierra. En la zona ocupada, las manifestaciones de los saharauís son duramente reprimidas y los participantes encarcelados y torturados, según la Asociación de Familiares de Desaparecidos y Presos Políticos Saharaus. Como

respuesta, los saharauis siguen realizando manifestaciones y en ocasiones huelgas de hambre para reclamar la atención internacional. La prensa marroquí, dependiente del gobierno, considera siempre a los manifestantes como si fuesen miembros del Polisario. En 2008 se descubrió que el gobierno marroquí estaba organizando redes clandestinas que pagaban a ciudadanos mauritanos para que inmigrasen a los territorios ocupados del Sahara Occidental y se hiciesen pasar por Saharauis. Para superar el estancamiento del proceso de paz, las Naciones Unidas designaron a James Baker como Enviado Personal del Secretario General de las Naciones Unidas para el Sahara Occidental. Bajo sus auspicios, en 1997 Marruecos y el Frente Polisario firmaron los Acuerdos de Houston. En enero de 2000 se finalizó el proceso de identificación de votantes para el referéndum de autodeterminación. Se presentaron 120.000 apelaciones pero, en lugar de tramitarlas de acuerdo con los procedimientos pactados por las dos partes, el Secretario General de la ONU congeló el proceso. Marruecos propuso en su lugar conceder al Sahara Occidental una amplia autonomía bajo su soberanía (cuyas condiciones no han sido todavía concretadas) y la creación de CORCAS (Consejo Real para los Asuntos del Sahara) compuesta por miembros de distintos clanes y tribus saharauis designados por el rey de Marruecos. El presidente de CORCAS, Jalihenna Uld Errachid, comenzó su carrera política en 1974 como agente de la dictadura Franquista en el Sahara Occidental, cuando los Servicios de Inteligencia españoles le encomendaron la creación del PUNS, una supuesta organización nacionalista, que en realidad no era sino una marioneta en manos del Ejecutivo de Arias Navarro. Después de comprobar que el Polisario arrasaría con el PUNS y que España perdía fuerza en el territorio, Errachid desfalcó las arcas del partido y huyó a Marruecos con seis millones de pesetas, donde el día 19 de Mayo de 1975, fue recibido triunfalmente por el rey de Marruecos Hassan II en una ostentosa ceremonia. Jalihenna Uld Errachid, hoy el súbdito de Mohamed VI, intentando excusar la conducta de su gobierno, quizá queriendo ganarse la confianza de los saharauis más despistados, y sabiendo que nadie va a investigar más allá, declara: "*Algunos oficiales del Ejército marroquí han cometido lo que se pueden llamar crímenes de guerra contra prisioneros fuera del ámbito de la guerra... Muchos civiles fueron lanzados al vacío desde helicópteros o enterrados vivos simplemente por ser saharauis*". La soberanía del Sahara Occidental por parte de Marruecos fue comprensiblemente rechazada por el Frente Polisario.